

7596

SOCIEDAD DE CREDITO INTELECTUAL

ADMINISTRACION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS

NERON

DRAMA TRAGICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

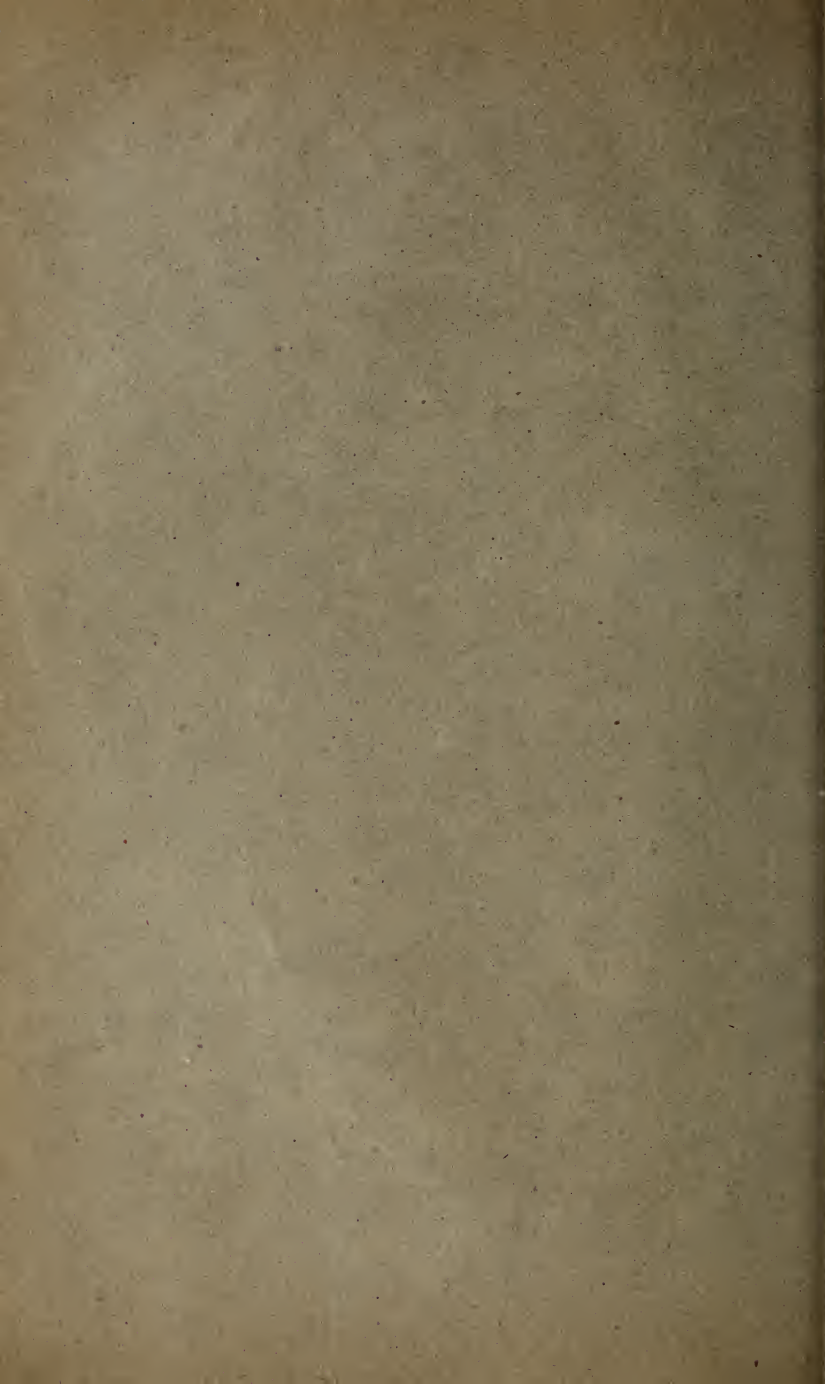
D. FLORENCIO MORENO GODINO.



MADRID

Oficinas de la Sociedad: Serrano, 7

1893



NERON

DRAMA TRAGICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

D. FLORENCIO MORENO GODINO

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL, la noche
del 29 de Noviembre de 1892.



MADRID
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—
1893

PERSONAJES

ACTORES

ELECTRA	SRA.	CONTRERAS.
LIBIA	»	ARGÜELLES.
FLAVIA	SRTA.	MANTILLA.
LUCIO NERÓN	SR.	VICO.
THARSIS	»	PERRÍN (D. A.)
PROJÓNSUL	»	CIRERA.
EPAFRODITO	»	VALLARINO.
NINFIDIO	»	FORNOZA.
CENTURIÓN.	»	SÁNCHEZ.
DECURIÓN	»	HILARIO.

Soldados romanos.

La escena pasa en una casa en el campo, en las cercanías de Corinto, año 50 de la Era Cristiana.

Derecha é izquierda, la del espectador.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La SOCIEDAD DE CREDITO INTELECTUAL, es la encargada exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Sala griega. Puerta en el fondo que da á un huerto y al exterior: otra lateral á la izquierda. A la derecha, en primer término, un trofeo de armas, en el que, entre otras, habrá una espada, un puñal y un broquel. Más atrás, también á la derecha, una tarima con cabezal. Dos escabeles en primer término. Lámpara encendida pendiente del techo. Anochece: el teatro se va obscureciendo gradualmente.

ESCENA PRIMERA

ELECTRA y THARSIS

Ambos están en pié, en el dintel de la puerta del fondo. Electra mira hacia el exterior y apoya una mano en el hombro de Tharsis.

- ELECT. Hijo mío, ya el sol va declinando
del Citherón á la gigante cresta.
Ya va creciendo la nocturna sombra.
- THARS. ¡Para mí siempre hay sombras en la tierra!
Dos sepulcros vacíos son mis ojos,
donde la luz del sol nunca penetra.
¡Ay, madre! ¿Por qué he visto y ya no veo?
- ELECT. ¡Hijo! (¡Me parte el corazón su pena!)
(Se oye gritería lejana.)

671580

- THARS. ¿Ese rumor...?
- ELECT. El pueblo de Corinto.
Acaso en este instante el circo deja;
hoy los juegos olímpicos terminan.
- THARS. ¡Ah, sí! No me acordaba de esas fiestas.
El pueblo griego, esclavo, goza y canta:
¡el polvo de los juegos le deléita!...
¡Es polvo, y busca el polvo!
- ELECT. ¡Tharsis mio ..
mitiga un punto tu mortal tristeza!
(Conociéndole á un escabel. Electra se sienta en otro.)
Siéntate... ven aquí... dame tu mano.
Esta tranquilidad que nos rodea,
esas alegres, apacibles playas
donde las olas murmurando juegan,
¿no influyen nada en tí. nada este albergue?
- THARS. Madre, aún estamos de Corinto cerca.
No veo, mas percibo esos rumores
que el terrible pasado me recuerdan.
- ELECT. Hijo, resignación. Hace unos días
consulté á la sibila de Eritrea,
y «Ve— me dijo—á los cercanos juegos,
que darán nuevo rumbo á tu existencia.»
- THARS. ¿Y fuiste?
- ELECT. Ayer estuve en el estadio.
- THARS. Y bien: ¿qué aconteció que influir pueda
en nosotros? ¿Qué viste, madre mía?
- ELECT. (Con emoción.)
¿Qué ví?... Nada, hijo mío. (Que no sepa...)
- THARS. Entonces...
- ELECT. Un incógnito, un romano,
ganó el premio en la lucha y la carrera,
y... nada más. Por eso no he querido
volver hoy á la olímpica contienda.
- THARS. Madre, todo es en vano: ¡no podemos
luchar con desventura tan inmensa!...
• ¡Ay!... ¡Los muertos no salen de la tumba,
ni la luz vuelve á las pupilas muertas! (Pausa breve.)

¡Madre, hoy hace trece años!

ELECT. ¡Calla... calla!

¡Pensamientos tan lúgubres desecha!

THARS. (Poniéndose en pié, lo cual hace también Electra.)

¿Y me mandas callar... y eres mi madre,
y eres la viuda de Evenón de Egeas?

¡Hoy se cumple un sangriento aniversario
de luto y ruina, de venganza y guerra!...

Cumple tú tu deber: ¡toma!

(Alargándole un pliego que saca del pecho.)

ELECT. ¡Hijo mío...

por piedad!

THARS. ¡Toma... y lee! (Con más energía.)

ELECT. (Tomando el pliego, después de un momento de vacilación.)

Pues bien, ¡sea!

Por tí lo rehusé: por tí temblaba.

THARS. ¿Quién, al cumplir con sus deberes tiembla?

Lee.

ELECT. (Leyendo.) «Electra: mi bien, amada esposa:

»madre de Tharsis, dulce compañera...

»en punto de morir, trazo estas líneas

»con sangre emponzoñada de mis venas.»

THARS. ¡Es verdad!

ELECT. (Leyendo.) «En el campo de batalla,

»donde murió la libertad de Grecia:

»allí, donde un puñado de valientes

»murió, luchando por la vez postrera...

»¡yo no pude morir! ¡Cansado, herido,

»caí en el llano que el Taigetes riega,

»y allí encontréme el vencedor romano,

»y me cargó de oprobio y de cadenas!»

¡Oh, cielos! (Representando.)

THARS. ¡Lee, lee!

ELECT. (Leyendo.) «¡Nuestro Tharsis

»allí estaba también!... Perdona, Electra,

»si casi niño le arranqué á tus brazos

»é hice que á los combates me siguiera...

»¡así mi padre Laurio hizo conmigo!

»¡así es costumbre en nuestra raza excelsa!
»El fiero vencedor nos llevó á Roma,
»y en la ciudad entramos... ¡Oh, vergüenza!
»¿Cómo los justos dioses inmortales
»tan inauditos crímenes toleran?
»Nerón, el torpe emperador romano,
»verdugo de Británico y Popea,
»verdugo de su madre, horror del mundo,
»monstruo de liviandad y de soberbia...
»sin moverse de Roma, en donde vive
»de histriones rodeado y de mancebas,
»quiso obtener del triunfo los honores
»y como vencedor entrar en ella.
»¡Y así entró en la ciudad, en áureo carro
»al que servil la multitud rodea
»que aquel mentido vencedor aclama,
»que sonríe al mirar tanta bajeza!
»¡Y yo, Evenón, el nieto de Pericles,
»y Tharsis, hijo de Evenón y Electra,
»entre la burla popular, siguiendo
»fuimos del carro triunfador la huella
»¿Cómo me resigné?... Tú lo comprendes:
»por este hijo inocente, triste prenda
»de nuestro mútuo amor; por no dejarle
»solo y cautivo en extranjera tierra.» (Representando.)
¡Oh, dolor sin igual! ¡Oh, esposo!...

THARS.

¡Madre,

aún no tocamos del dolor la meta!

ELECT.

(Leyendo.) «Después que el vil Emperador, por Roma
»húbonos arrastra'o entre cadenas,
»nos sumió en este inmundo calabozo
»donde la luz y el aire nunca llegan.
»Lámpara sepulcral le alumbra opaca
»para hacer perceptibles las tinieblas,
»y torvo carcelero nos arroja
»escaso y negro pan con agua infecta.
»¡En este antro infernal hemos vivido
»dos años!... ¡sí! .. ¡dos años de miseria

»tu infeliz hijo y yo! Yo, lacerado
»por las punzantes llagas de la lepra...»

THARS. ¡Es verdad!... ¡Es verdad!...

ELECT. (Leyendo.) «¡Pidiendo al cielo
»la muerte como un bien, pero temiéndola
»por este pobre niño á quien aguardan
»eterna sombra y soledad eterna!»

THARS. ¡Sí, madre! ¡Eterna sombra!

ELECT. (Abrazándole.) ¡Hijo adorador!

THARS. Apuremos la copa toda entera;
aún nos faltan las heces: sigue.

ELECT. (Leyendo.) «¡Esposa:
»voy á morir... mi espíritu flaquea
»y mi cuerpo también!... Si el cielo irjusto
»que há tanto tiempo en nuestro mal se ceba,
»es una vez piadoso; si permite
»que un día Tharsis á tus brazos vuelva
»y estas líneas con él... ¡oh, esposa!... ¡graba
»este relato en su memoria tierna;
»y después, cuando llegue el hijo mío
»á una edad más viril, en cuanto pueda
»sostener un acero, que me vengue
»de ese tirano á quien el mundo exalta!
»¡Oh, sí! ¡Buscad una ocasión propicia!
»¡Acechad á Nerón como á una fiera...
»y con su muerte, aunque muráis entrambos,
»vengadme de la mía y de mi afrenta!»

THARS. (Poniéndose en pié.)
¡Pues bien, madre, aquí estoy! Sólo un prodigio
de inaudita maldad, de infamia horrenda
pensado por Nerón, pudo salvarme:
¡Nerón que á Roma, á su ciudad incendia!
Yo oí de mi profundo calabozo
caer ardiendo las macizas puertas,
y un prisionero como yo, un cretense,
me dió la libertad, casi por fuerza,
llevándome entre llamas y entre escombros
del Tíber cenagoso á la ribera.

Mas, ¡ay! .. ¡no vi la luz del nuevo día
sino entre parda sombra y entre nieblas,
y ciego torné á tí!

ELECT. (¡Destino horrible!)

THARS. ¡Madre! ¡Madre, venganzal ¡si yo viera;
si pudiese llegar hasta el tiranol...
¡Oh, nol ¡Estoy condenado á la impotencial
(Se deja caer on el asiento.)

ELECT. ¡Hijo, por compasión!

THARS. ¡Ay! ¡Esta lucha
pronto va á terminar! ¡Sobre mí pesa
la mano de la muerte!

ELECT. ¡Callal ¡Calla!

¡Qué sería de mí si tú murieras?

THARS. ¡Ay, triste!

ELECT. Tharsis, hijo idolatrado,
sobreponete al dolor, que no se prueba
el esfuerzo del alma sólamente
en el sangriento horror de la pelea.
Ven, hijo, á descansar: que el sueño blando
piadoso sobre tí sus alas tienda.

(Le conduce hasta el dintel de la puerta de la izquierda.)

¡El abrazo postrero, Tharsis mio!

THARS. ¡Ay!... ¡Quizá darme el matinal no puedas!

(Vanse por la izquierda. El teatro queda solo algunos momentos.)

ESCENA II

ELECTRA, sale por la izquierda.

Estoy sola por fin. ¡Ahora ya puedo
dar rienda á mi dolor, que es sólo mio!

¡Ahora mi corazón desbordar puede
el raudal tanto tiempo contenido!

¡Ay!... ¡Ni lágrimas tengo! ¡Están mis ojos
secos como los campos del estío! (Pausa breve.)

¡Ayer, el camafeo en que grabada

está la imagen de mi bien querido,
de mi esposo infeliz... desde mi pecho,
cayó á la arena del estadio olímpico,
y un extranjero la tomó, y aún guarda
ese memoria de mi amor antiguo!...
¡Las ardientes miradas de aquel hombre
fijas en mí con amoroso ahínco,
me causaron un goce en una pena;
un sentimiento indefinible é íntimo!...
¿Será amor... será amor?... ¡Ah, no! ¡Imposible!
¡Sólo el imaginarlo fuera inicuo!
¿Yo, viuda de Evenón, puedo olvidar!e?
¡Nunca! ¡Jamás! ¡Por su memoria vivo!
¡Para amar á ese sér desventurado
que nació de su amor y el amor mío!
¡Oh, esposo! ¡Oh, dulce amor! ¡Oh, gratas horas
pasadas á tu lado en estos sitios,
ora sentados juntos en el huerto
bajo la fresca sombra de los tilos,
ó bien vagando en las alegres playas
viendo triscar á nuestro amado niño!...
¡Oh!... ¿Quién me arrebató tanta ventura?...
¿Quién me robó tu amor?... ¡Él!... ¡Él ha sido!
¡Nerón, el vil, el déspota, el infame!
¡Ah!... ¡Venganza, venganza nec' sito!
No ya, esposo, por ti: por tus dolores:
por tu afrenta sin par: por tu martirio:
no por ese infeliz á la luz ciego...
¡por mí... por mí... por mi tormento mismo!
¡Yo llegaré hasta Roma mendigando
el pan de puerta en puerta si es preciso!
¡Yo llegaré á Nerón, y al mundo entero
libertaré de su tirano impío!
Siento pasos.

ESCENA III

ELECTRA; LUCIO, ¡por el fondo, envuelto en un manto blanco.

- ELECT. ¿Quién es?
- LUCIO. ¡Quien te saluda,
solitaria deidad de este recinto!
- ELECT. (¡Qué veo! ¡El vencedor!)
- LUCIO. (¡Oh! ¡Cuán hermosa!
¡No hay en el mundo igual!)
- ELECT. (Sin mirarle.) (¡Cielos divinos!)
¿Qué objeto aquí te trae?
- LUCIO. Ver más de cerca
el sol que ayer me deslumbró en el circo,
y por si es talismán ó es un penate,
devolverte esta joya que has perdido.
(Le da el camafeo.)
- ELECT. (Coloca el camafeo sobre el trofeo de armas.)
(¡Quédese aquí sobre el broquel de Láurio:
mi pecho de llevarlo ya no es digno!)
- LUCIO. Ayer, en las olímpicas arenas
á todos mis contrarios he vencido.
Hoy, vencedor también, apenas pude
sustraerme al aplauso y al bullicio,
y no bien con acéites olorosos
mis fatigados miembros hube ungido,
inquiri tu morada, y aquí vengo
porque hablarte un momento necesito.
- ELECT. Habla, pues: ya te escucho. (Estoy temblando.)
- LUCIO. (¡No se atreve á mirarme! ¡El triunfo es mío!)
Hace tres dias, al nacer la aurora,
y viendo ya los muros de Corinto,
mi galera tréreme navegaba
por ese golfo azul y cristalino,
dejando atrás las Ciclades traidoras,
las vegas del Taigetes y el Iliso,
Creta, cuna de reyes y pastores,

y el monte de Arcanania con sus riscos.
Al dar vista á esta playa, el sol, redondo
como el broquel de Marte, diamantino,
su crencha de relámpagos convulsos
sacudiendo en el mar, se alzó magnífico...
y yo que en pié en la popa, respirando
la inspiradora emanación del Pindo,
preludiaba en las cuerdas de mi lira
un canto á Grecia, de la Grecia digno,
te ví orillas del mar sola é inmóvil
como una estatua del cincel prodigio,
y admiré tu hermosura embelesado,
¡que eres tú de la Grecia el arquetipo!
(¡Oh, dioses!)

ELECT.

LUCIO.

En mi carro rutilante
corría ayer por el estadio olimpico,
cuando te ví otra vez, y desde entonces
no supe qué pasaba en torno mío.
Te inclinas para verme: de tu seno
se desprende una joya: yo reprimo
mi cuadriga velóz: salto á la arena:
alzo de ella el joyel: vuelvo á mi sitio...
y á mis nobles corceles excitando,
ganar procuro el tiempo que he perdido.
De los tres carros que conmigo luchan,
á dos dejo detrás, mas no consigo
igualarme al de un dólope que guía
cuatro soberbios potros palestinos.
¡Siempre voy en pos de él! Ya sólo falta...
la última vuelta para ser vencido...
mas paso frente á tí: leo en tus ojos
tu interés por mi triunfo: el cuerpo inclino
para hacerme escuchar de mis caballos
que lanzan espumosos resoplidos:
hago sonar la fusta sin tocarles:
con la voz, con la rienda les excito:
¡y entonces mi carrera, no es carrera,
es un rayo cruzando un torbellino!

¡Ya no veo ni al dólope, ni nada:
sólo la meta deslumbrante miro,
y antes que todos llego, entre el aplauso
y entre la aclamación de todo el circo!

ELECT. (Conmovida y que gradualmente ha ido fijando en Lucio su mirada.)

¡Oh, sí! ¡Yo te seguía en tu carrera
con las ardientes alas del espíritu,
inmóvil, anhelante, fascinada,
en tu carro velóz mis ojos fijos!

¡Aquello era una ráfaga de fuego
cruzando por mi vista: fué un hechizo
que serpeó en mi sér, hasta el instante
en que la plancha de metal bruñido
golpeando vencedor, apareciste
del polvo entre el espeso remolino,
bien así como el sol cuando deshace
la obscura niebla en el invierno frío!

¡Ah! ¡Por qué te ví yo!... ¡Por qué viniste!

LUCIO. ¡Porque lo quiere así nuestro destino!

¡Porque mi corazón de tí apartado,
triste se socavaba en el vacío!

¡Porque debí venir!

ELECT. ¡Calla! ¡No puedo...

no debo oírte más! ¡Te lo suplico!

LUCIO. ¡Pide al sol que no luzca: pide al aire
que no agite las palmas del cefiso:
pide al volcán en erupción que extinga
el fuego de su cráter encendido:
pide... que no te adore! ¡Así tan sólo
podiera enmudecer el labio mío!

ELECT. Yo he muerto ya al amor.

LUCIO. No, mientras puedes
encantar á los ojos que te han visto.

ELECT. Electra, viuda de Evenón de Egeas,
sólo tiene un deber, ¡sabrás cumplirlo!

LUCIO. Pues bien: aun cuando ligue un juramento
á un amor del pasado tu albedrío:

aunque hayas hecho en el altar de Vesta
de eterno desamor el sacrificio,
has de ser mía, porque yo te adoro,
y tú... ¡me amas también!

ELECT. ¿Que te amo has dicho?

LUCIO. ¡Oh! ¡Me amas, sí! ¡Tus ojos lo revelan!
¡Tu seno alzado de pasión henchido,
y esa emoción que cubre tu semblante
de la divina pa idéz del lirio!

ELECT. (¡Que le amo dice!)

LUCIO. ¡Electra! ¡Electra mía!

ELECT. ¡Ah! ¡Tienes un poder desconocido
que me atrae hacia ti! ¡Tú me subyugas
con la influencia mágica de un filtro!

LUCIO. ¡El del amor, mi bien! ¡Qué más encanto!
¡Siempre es vertiginoso lo infinito!

ELECT. Tus ojos verdes como el mar, me anegan
en un mar de esperanzas y deliquios!

LUCIO. ¡Ven al puerto de amor! ¡Ven á mis brazos!

ELECT. ¡No puedo más! ¡Yo te amo!

(Se deja caer en los brazos de Lucio.)

LUCIO. ¡Este es tu sitio!

ELECT. ¡Tu sierva soy: mi corazón es tuyo:
soy toda tuya: á tu poder me humillo!
Si soy hermosa, toma mi hermosura
y mátame después: ¡yo te lo pido!

LUCIO. ¿Qué dices?... ¡Morir tú, cuando te esperan
á mi lado placeres inauaitos?
¡Tu esclavitud acepto! Ven á Roma,
donde será tu vida un paraíso.

ELECT. ¿A Roma?

LUCIO. A la ciudad del mundo dueña,
emporio de la gloria y sus prestigios.
Sólo en la inmensa Roma caber pueden
nuestros dos corazones reunidos.

ELECT. (¡Roma!... ¡Allí está Nerón! ¿Será que el cielo
hasta el tirano vil me abre camino?
¡Iré á Roma!)

- LUCIO. (Dejándose caer sobre la tarima)
Mi cuerpo quebrantado
ya resistir no puede. Hoy en Corinto
he luchado en los juegos, y aquí lucho
con la emoción de amarte: ¡estoy rendido!
- ELECT. Eres mi huésped y señor: reposa.
Mas deja que te sirva dulce vino
del campo de Peliscia: miel de Himeto...
- LUCIO. (Se sienta en la tarima.)
No: sólo de descanso necesito.
- ELECT. ¿Cuál es tu nombre?
- LUCIO. Lucio.
- ELECT. Pues bien, Lucio,
en mi tranquilo hogar duerme tranquilo.
(Lucio se tiende en la tarima.)
- LUCIO. Ya se cierran mis ojos... ¡Plegue al cielo
que te halle al despertar al lado mío!...
(Se queda dormido.)
- ELECT. (Mirándole.)
¡Cuán hermoso está así!... ¡Nunca Diana
miró más bello á su Endimión dormido!
- THARS. ¡Madre!
(Dentro. Electra entra un momento por la puerta de la izquierda y vuelve á salir.)

ESCENA IV

- ELECTRA; LUCIO, dormido. Electra mira algunos instantes hacia el interior de la puerta de la izquierda.
- ELECT. Duerme también: me llama en sueños.
(Se adelanta hacia el proscenio. Señalando á la izquierda.)
Allí está la conciencia que me abruma.
¡Aquí el amor que, ciego, irresistible,
mi corazón y mis sentidos turba!...
Siento un fuego incesante que me abrasa...
Oigo un acento que tenáz me acusa...
Sombras.. sombras que pasan... ¡Tengo miedo
de esta terrible soledad nocturna! (Sabiendo al foro.)

Allá lejos, muy lejos... en la cripta
de un panteón, al lado de una tumba,
está el tirano emperador... y duerme
envuelto de un pilar en la penumbra.
Su labio se contrae .. ¿Habla?... ¿Qué dice?...
¿Qué hiel se escapa de su boca innunda?
(Se queda en actitud como de escuchar su propio pensamiento.)

LUCIO. (En sueños.)
¡Yo soy César!.. ¡Soy Dios!... ¡Que el Universo
bajo mi p anta se retuerza y sufra!

ELECT. (Bajando del fero y mirando á Lucio.)
¿Es su voz, ó la voz de mi memoria,
de mi delirio y mi mortal angustia?
¡Duerme... se agita!... ¡Su semblante tiene
una expresión cruel que me repugna!
¡Ya recobra la calma!... ¡La sonrisa
nuevamente en sus labios se dibuja! (Deja de mirarlo.)
¿Y he podido pensar que esas palabras
eran dichas por él?... ¡Oh, desventural
¡Oh, destino fatal! ¡No eran bastantes
mi continuo dolor, mi eterna lucha!
¡Ahora debo luchar contra mí misma!
Ahogar la llama de mi amor impura! (Pausa breve.)
¡Impura!.. ¿Y por qué impura? ¿No he llorado
tres años, pobre, y desolada y viuda,
siendo el sostén del hijo de mi vida,
con mi paciente y maternal ternura?
La sibila lo dijo: «Tu existencia
seguirá nuevo rumbo.» ¡Sí: no hay duda!
Mi destino es amarle: es ir á Roma:
acercarme á Nerón... ¡Pues que se cumpla!
¡Oh, sombra de Evenón!... ¡Serás vengada!
¡Si una pasión culpable me perturba,
si con ella te ultrajo... el mismo cielo,
mi amor, mi muerte y mi venganza junta,
libraré al universo de un tirano,
y él al morir me arrastrará á su tumba!
(Se aproxima lentamente á donde está Lucio.)

¡de boca en boca en la ciudad circula!
(Saludando á Lucio.)
¡Que duerma el semidiós! ¡que duerma el César,
y tú, vela por él!
(Va á irse: Electra le detiene cogiéndole por el manto.)

ELECT. ¡Detente! ¡Escucha!

¿Has dicho César?

CENTUR. Sí.

ELECT. ¿César Romano?

¡El César es Nerón!

CENTUR. ¿Y quién lo duda?

ELECT. (Señalando con espanto á Lucio.)

¡Y esel... ¡Y esel...

CENTUR ¡Es Nerón! ¿No lo sabías?...

Pues ¡buena suerte! .. y siga la aventura.

(Vanse el Centurión y el Decurión por el fondo.)

ESCENA VI

ELECTRA; LUCIO, dormido.

ELECT. ¿Habré entendido bien? ¿Será posible...
ó es que la fiebre mis sentidos turba?
(Mirando á Lucio.)
¡Nerón!... ¡Ese es Nerón!... ¿Ese es el mónstruo?...
¡Oh, fuerza de los hados siempre justa!
«¡Acechad á Nerón como á una fiera,»
dice un mandato que en mi oído zumba!
¡Aqui, pues, está el tigre! ¡Aqui le tengo!...
¡No he menester la fuerza ni la astucia!
¿Y yo he podido amarle?... ¡No! ¡Tomaba
el instinto del odio por ternura!
(Mirando á Lucio.)
¿Eres el César? .. ¡Bueno! ¡Mas té falta
un atributo á tu grandeza suma!
Blanca veste te cubre, y siempre ha sido
el manto de los Césares de púrpura:
¡Yo te la voy á dar!

(Va á tomar una espada del trofeo y la deja.)

¡Con esta espada

de Láurio, padre de Evenón!... ¡Ah! ¡Nunca!

¡Sería profanar tan noble acero

tiñéndole de sangre tan impura!

¡Me basta este puñal!

(Toma el puñal del trofeo: se dirige precipitadamente á donde está Lucio: va á herirle, y se detiene.)

LUCIO. (En sueños.) ¡Electra mía!...

¡Tuyo es mi corazón! ¡Mi vida es tuya!

ELECT. ¡Ah!... ¿Qué dice? ¡Me nombra! ¡Hasta en el sueño

sólo piensa en mi amor... y yo iracunda

voy á arrancar mi imagen de su alma...

¿voy á verter su sangre? ¡Oh, desventura!

¡Al ver'e tan hermoso, me imagino

que va á morir un dios!— ¡Su faz se inmuta!

¡Una odiosa expresión se marca en ella!...

¡Cierra su mano crispación convulsa!...

LUCIO. (En sueños.)

¡Madre! .. me diste el sér... ¡ese es tu crimen!

¡Da sér á los gusanos en la tumba!

ELECT. ¡Oh, infame! ¡Oh, parricida! ¿Y yo dudaba?

¡Su mismo labio mi furor impulsa!

¡Muera! (Va á herirle y se detiene.)

¡Pero la muerte es un instante!

¡Yo quisiera inventar nuevas torturas!

¡Matarle lentamente!... ¡Hacer pedazos

las fibras de su pecho una por una!...

¡Ah! ¡Qué idea! Él, al hijo de mi vida

ha robado del cielo la luz pura...

¡yo cegaré sus ojos, destruyendo

el pedestal de fuerza en que se encumbra!

(Electra va á herir á Lucio: momentos antes, ha aparecido os Centurión en el dintel de la puerta del fondo, y al ver á squé-lla, corre á esterbar que consume su intento: Lucio se despierta, y pónese en pié sobresaltado.)

ESCENA VII

ELECTRA, LUCIO, PROCÓNSUL, CENTURIÓN y
SOLDADOS ROMANOS

- CENTUR. (Mirando hacia afuera.)
Aquí está todavía. (A Electra.) ¡Tente, infame!
¿Qué vas á hacer?
- ELECT. (Retrocediendo hasta el proscenio de la derecha.)
(¡Oh, rabia!)
- LUCIO. (Poniéndose en pié.) ¿Dónde me hallo?
(¡Qué ensueño tan horrible!)
- PROC. ¿Mas qué miro?
¡Esa mujer!...
- CENTUR. Yo la encontré amagando
la cabeza del César. (Al Procónsul.)
- LUCIO. (A Electra.) ¿Por qué llevas
ese puñal en tu crispada mano?
(Al Procónsul.)
¿Qué quiere aquí el Procónsul? ¿Quién perturba
la paz de este recinto hospitalario?
- ELECT. ¡La paz!... Donde tú estés no puede haberla:
¡huye espantada á tu infernal contacto!
Tú alzas las tempestades de la vida
al soplo de tu aliento emponzoñado!
- LUCIO. (¡Oh, asombro!) Esas palabras ..
- ELECT. ¡Las Euménides,
las Górgonas horribles... esos trasgos
abortos del abismo, por tí velan!
Ellos de mi justicia te han librado;
porque los dioses, no. ¿Ves este acero?
¡Le destinaba contra tí, tirano!
- LUCIO. ¿Contra mí?
- CENTUR. ¡Yo lo he visto!
- LUCIO. La locura
la atormenta tal vez.
- PROC. ¿A qué esperamos?
¡Prendedla! (A los Soldados.)

LUCIO. (Deteniéndoles.) ¡No! Aguardad. Electra, ¿dónde está el amor que me juró tu labio? ¿Dónde la esclavitud que me ofrecías?

ELECT. (Azorada.)
¡No me mires así!... ¡Yo no te he amado!...
¡Yo... no te puedo amar... yo!... ¡Sí: estoy loca!

LUCIO. ¡Electra!

ELECT. ¡Calla! ¡Tu poder rechazo!
Tú eres como el abismo de los mares:
no conoces tus víctimas, ¡malvado!
Quizá á Octavia recuerdes: á Popea:
á Séneca y á Fluvio y á Británico:
á Agripina... á esa víbora inhumana
que al darte el sér, al mundo ha envenenado;
¡pero no á los demás!

LUCIO. ¡Viven los cielos!

¡La lengua he de arrancarte!

ELECT. ¡Ven! ¡Mi brazo
me libraré de tí! ¡Tu poderío
se estrella ante la muerte! ¡Ven: te aguardo!

(Con amarga ironía.)

¡Verás correr la sangre: eso es hermoso!...

¡Mas también muere el tigre sanguinario!

(Adelanta un s pasos hacia Lucio.)

¡Oye! ¡Tu porvenir se me revela!

Morirás como yo... ¡desesperado!

¡No! ¡Dije mal: cobarde, fugitivo...

á tí á morir te ayudará un esclavo!

(Con mucha altivéz.)

¡Y yo en mis lares, mi enemigo enfrente,
con mi propio puñal mi tumba labro! (Se hiere y cae.)

LUCIO. (Con de pecho feróz.)

¡Maldición!... ¡Y la muerte me la roba!

ESCENA ULTIMA

DICHOS; THARSIS, aparece en el dintel de la puerta de la izquierda.

THARS. ¡Madre!

ELECT. (Extiende el brazo hacia su hijo: luego mira á Lucio con apasionado despecho)

¡Hijo mío!... ¡Mónstruo... yo te amo!

(Cae desplomada. Tharsis avanza lentamente hacia el proscenio: Lucio se cruza de brazos y contempla á Electra. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala suntuosa de estilo romano. En primer término, á derecha é izquierda de los muros laterales, un espacio con estatuas ó jarrones. En segundo término, una ventana á la derecha y otra á la izquierda. En el fondo una galería practicable á cada lado, que se supone la de la izquierda dar al exterior, y la de la derecha al interior de la casa. Rompimiento entre las dos galerías que da paso á un terrado, cuya balaustrada se eleva sobre dos anchos escalones. Al lado derecho de la escena, un canapé y dos escabeles bajos. En los rincones del fondo, dos estatuas ó jarrones con pedestal ancho. En medio del teatro, pendiente del techo, y al alcance de la mano, el aparato de una lámpara, con sitio para colocar el mechero. La acción comienza poco antes de anochecer.

ESCENA PRIMERA

THARSIS, cubiertos los ojos con una venda, y sentado en el canapé.

LIBIA, en pié, á su lado.

THARS. Libia, ¿es posible que mis ojos vuelvan á ver la luz del sol?

LIBIA. Amado Tharsis,
yo nunca aspiro á lo imposible; tengo

- siempre la ciencia y la razón por bases.
- THARS. ¡Oh, Libia! ¡La desgracia me persigue desde mi edad primera! ¡No te extrañe que dude hasta de tí!
- LIBIA. Duda, hijo mio, mas también la esperanza no rechaces. En el sabio país que el Nilo baña desde niña la ciencia de mi padre estudié con afán, y la experiencia me ha probado hasta aquí que no fué en balde. Ten confianza en mí.
- THARS. Tenerla quiero.
- LIBIA. Espera, pues, á que mañana arranque la sombra de tus ojos.
- THARS. ¡Ah!... mañana, si te veo, será para adorarte por tu ciencia y bondad, con el cariño que en otro tiempo consagré á mi madre.
- LIBIA. Tharsis, ten esperanza. Cuando el fuego de la edad juvenil hierve en la sangre, es como el sol: en nubes tenebrosas quizá se oculta, pero al fin radiante aparece otra vez: el infortunio pasa pronto en tu edad.
- THARS. ¡Ah! ¡Tú no sabes cuán grande es mi dolor!
- LIBIA. Harto lo siento, pues acaso podría remediarle.
- THARS. Huérfano y solo, las nativas costas y la desierta casa de mis padres abandoné para venir á Italia, con un fiel servidor que me guiase. Pobres los dos: yo ciego: él abrumado por la vejez, con planta vacilante íbamos avanzando. Cuántas veces loco yo de impaciencia y de coraje, frenético exclamé: «¿Dónde está Roma? ¡Cuándo hollaremos su recinto infame!»

LIBIA. ¿Ibas á Roma?

THARS. Un día... ¡horrible día!
cuando acabó de declinar la tarde,
nos refugiamos á pasar la noche
de un templo derruido en los umbrales.
Despierto con la luz de la mañana
y el alegre bullicio de las aves,
llamo á mi anciano guía... y no contesta:
le toco, y no se mueve. ¡Oh! ¡espantable
fatalidad que sin cesar me acosa,
y á todos cuantos amo morir hace!
¡Él también! ¡Él también! Yo le he arrancado
á la quietud dichosa de sus lares!
¡Yo le traje á morir á extraño suelo!

LIBIA. ¿Muerto?

THARS. ¡Sí! ¡Y yo, azorado, delirante,
en carrera velóz dejé a ¡uel sitio
buscando un precipicio en que estrellarme!
No sé qué fué de mí: caí en la tierra...

LIBIA. Mi hija te halló tendido y casi exánime
y mandó aquí traerte.

THARS. (Poniéndose en pié.) ¡Oh, Libia! ¡Libia!...
¡Devuélveme la vista que hará fácil
la misión que me he impuesto! ¡Que yo pueda
dejar esta mansión: que de ti parte
el tenáz infortunio en que me envuelve
una fatalidad inexorable!

LIBIA. ¿Qué estás diciéndo?

THARS. ¡Sólo imaginarlo
me estremece de horror! ¡Estos lugares
donde he hallado el reposo y una tregua
de mi existencia en el continuo embate:
en donde vives tú: donde tu hija
de la felicidad respira el aire...
perturbados serán por mi destino
que las tormentas de la vida atrae!
¡Pagar así de gratitud la deuda
fuera inúcuo en verdad! ¡Oh, Libia! ¡Dame

- la vista que tu ciencia me promete!
¡Disipa esta tiniebla insoportable!
- LIBIA. Mañana, Tharsis. Por mi mano he roto
de tus pupilas el sutil celaje
que las robó la luz.
- THARS. ¿No te equivocas?
- LIBIA. ¡Sólo por la verdad la ciencia es grandel!
- THARS. ¡Perdona, Libia, mi angustiado anhelo!
¡Ansío ver la luz para admirarte;
per contemplar á Flavia, que en mi mente
es de la gracia y la beldad imagen;
por ver el cielo, el sol, los verdes campos
y las inquietas ondas de los mares!
¡Quiero llevar á término la empresa
que de mi patria me impulsó á alejarme
para en ella morir!
- LIBIA. Tharsis querido,
me asusta esa reserva impenetrable;
en tu expansiva edad...
- THARS. Yo edad no tengo;
soy una arista vacilando errante
entre la tempestad.
- LIBIA. Aún no he sabido...
- THARS. ¡Quizá lo sepas pronto: cuando ensalce
el mundo mi valor!
- LIBIA. (Esas palabras...
¿Es que ha podido su razón turbarse
por exceso de pena y de esperanza
de recobrar la luz?) (Le toma las manos.)
¡Tus manos arden!
Calma tu agitación. Ven al terrado.
- THARS. Perdóname que olvide tus bondades
mi egoísta dolor, y te importune
con la continua queja de mis males.
- LIBIA. (Llevándole al terrado.)
Yo los siento por tí. Ven; ya la fresca
brisa nocturna se levanta suave.
Voy á llamar á Flavia.

THARS. Con su encanto

ella sola mitiga mis pesares.

(Libia sienta á Tharsis en un escalón del terrado. Va á irse por la derecha, pero se detiene al oír la voz de Epafrodito. Un esclavo precede á éste, trayendo una antorcha que coloca en la lámpara.)

ESCENA II

LIBIA; THARSIS, en el terrado; EPAFRODITO, por la izquierda.

EPAF. ¡Libia!

LIBIA. ¡Ah! Tú, Epafrodito, ¿vienes solo?
¿Dónde está Lucio, tu señor?

EPAF. (Con abatimiento) ¡Quién sabe!
¿No le habéis visto?

LIBIA. No. ¿Pero qué tienes?
La agitación se marca en tu semblante.

EPAF. (Dejándose caer en el canapé.)
¡Ah, Libia! ¡Estoy rendido! ¡Si supieras!...
Tal vez lo sepas ya.

LIBIA. ¿Qué dices?

ESCENA III

DICHOS; FLAVIA, por la izquierda.

FLAVIA. ¡Madre!...

(A Epafrodito.)
¿Tú aquí? Sin duda tu señor te manda.

THARS. (Poniéndose en pie y asomándose á la entrada del terrado.)
(¡Oigo su voz!)

FLAVIA. ¿Vendrá?

EPAF. Pensé encontrarle
en esta casa.

FLAVIA. ¡Ingrato! Há muchos días
que nos tiene olvidadas; no le atrae
nuestro cariño ya. Pero supuesto

que le buscas aquí...

EPAF. Dos días hace
que no le he visto, Flavia, y que le busco
sin poder dar con él. (Aparte á Libia.)
(Urge que te hable
á solas.)

FLAVIA. Si le ves, dile que venga...

THARS. (¿Á un hombre aguarda?)

FLAVIA. Que mi pena es grande
por su ausencia tan larga; que no es justo
que con olvido tal mi afecto pague.
¿Le verás?

EPAF. ¡Oh! No sé.

LIBIA. (Aparte á Flavia.) (Tharsis te espera.
Hoy su estado es febril; logra calmarle.)

(Flavia se reúne con Tharsis: le toma de la mano y se sientan ambos en las escaleras del terrado, á la vista del espectador.)

ESCENA IV

LIBIA y EPAFRODITO

LIBIA. Ya estamos á solas. Dí.

Algo de grave presiento.

EPAF. Tan grave, que no hallo acento...

LIBIA. ¿Se trata de Lucio?

EPAF. Sí.

LIBIA. Habla, pues, sin dilación.

¿Se ha ausentado? ¿Enfermo está?

EPAF. ¡Peor que eso!

LIBIA. ¿Cómo?

EPAF. Ya
no es César Lucio Nerón.

LIBIA. ¿Ha muerto?

EPAF. No sé.

LIBIA. ¿Qué escucho?

EPAF. El golpe es tan imprevisto,
Libia, que apenas resisto

á la ansiedad con que lucho.

LIBIA. No es poca, en momento tal,
la que siento al escucharte.

EPAF. ¡Oh, Libia! Vas á asombrarte.

LIBIA. Yo no me asombro del mal.

Habla pronto.

EPAF. Esta mañana

se ha reunido el Senado,
rebeldeamente apoyado
por la guardia Pretoriana,
destituyendo á Nerón
de la silla imperatoria,
y en fórmula perentoria
ordenando su prisión.

LIBIA. ¿Qué dices?

EPAF. No sé en verdad

cómo no ha repercutido
en esta mansión el ruido
que conmueve la ciudad.

LIBIA. Lo explica nuestro aislamiento.

EPAF. ¡El odio oculto germinal!

LIBIA. (¡Todo cael! ¡Todo termina!)

EPAF. Es el alma y fundamento
de esa traidora excisión,
el Prefecto del Pretorio.

LIBIA. Eso es lógico y notorio.

¿No fué hechura de Nerón?

¿Y las legiones?

EPAF. Alzadas.

¡Todo, todo se desploma!
Galba y Vindex sobre Roma
vienen á dobles jornadas
con las milicias del Rhin
y la Galia Lyonesa.

¡Bien han fraguado su empresa
tan astuta como ruín!

LIBIA. ¿Mas dónde se halla Nerón?

EPAF. ¡Se ignora: quizá escondido.

Acaso de Italia ha huido.
Para más humillación,
esa chusma sin decoro
que hoy constituye el Senado,
su cabeza ha pregonado
en mil sextercios de oro.

LIBIA. ¡En mil sextercios! ¿Qué he oído?

EPAF. Para un traidor sobra y basta.

LIBIA. Sí, son buitres de una casta:
se ceban en el caído.

Mas tú, ¿que has hecho?

EPAF. Sufrir,

buscarle desesperado.

LIBIA. Hoy tu sitio está á su lado;
salvarle ó con él morir
es tu deber.

EPAF. Mi cariño
dí más bien. ¡Tanto le quiero,
que si él no vive, yo muero!
Tal es mi fe desde niño.

LIBIA. ¡Oh, sí! Arrastras la cadena
que nos sujeta á Nerón:
encanto, fascinación
conque todo lo envenena.

EPAF. ¡Incertidumbre cruel!

LIBIA. ¿Fuiste?...

EPAF. A todas sus moradas;
aun á las más apartadas.
¡No he podido dar con él!
Creyendo encontrarle aquí,
en una barca he bajado
por el río... ¡Es demasiado!
No puedo más. ¡Ay de mí!

(Se deja caer en el canapó.)

LIBIA. (¡Catástrofe singular!
¡Oh, Flavia! ¡Pobre hija mía!
¡Acaso pierda en un día
padre y fortuna á la par!

- EPAF. ¡Ah, Livia! ¡Sólo en ti fio!
¡Acórramos!
- LIBIA. De eso trato.
Pienso, y como tú, no abato
energía y albedrío.
- EPAF. ¡Ha sido tan violento
este golpe de la suerte!...
- LIBIA. Cuanto más rudo, más fuerte
debe ser tu pensamiento.
Pensemos sólo en salvar
á Nerón.
- EPAF. (Poniéndose en pié.)
¡Oh! ¡Manda: ordena!
¡Tú, tan sagáz: tú, tan buena,
quizá lo puedas lograr!
- LIBIA. Pues bueno: en la dilación
el mayor riesgo consiste.
- EPAF. Es cierto.
- LIBIA. Otro traje viste
por vía de precaución...
- EPAF. ¿Y bien?
- LIBIA. El caballo toma
de Flavia, que es muy ligero.
Vuelve á Roma, pues infiero
que Lucio está oculto en Roma.
Busca, inquiere...
- EPAF. ¡Si le hallara!
- LIBIA. Si encuentras á tu señor,
y si un camino mejor
la fortuna no os depara,
condúcele al punto aquí:
tengo modo de ocultarle
donde no puedan hallarle.
- EPAF. ¿Dentro de esta casa?
- LIBIA. Sí.
- EPAF. ¿Fuistes á la de Faon?
- LIBIA. ¡Ah, no!
¡Cómo, Epafredito!

- ¿Olvidaste al favorito
predilecto de Nerón?
- ÉPAF. ¡Es verdad: voy al instantel
¿Cómo no me ocurriría?... (Hace ademán de irse.)
- LIBIA. (Deteniendo á Epafrodito.)
No; de Faon la alquería
está muy poco distante.
Iré yo misma.
- ÉPAF. Repara
que de noche...
- LIBIA. No hay cuidado.
Voy por la senda del prado,
y hace una luna muy clara.
Partamos sin dilación.
- ÉPAF. Haz que te acompañen; toma...
- LIBIA. Epafrodito, tú, á Roma,
y yo á casa de Faon.
- (Se van hablando por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V

FLAVIA y THARSIS. Tharsis sale á la escena seguido de Flavia

- THARS. ¡Roma allí! ¡Fatalidad!
¿Qué has hecho, Flavia, qué has hecho?
Tú has despertado en mi pecho
la dormida tempestad.
—«Roma»—dijiste,—«está allí,
tendida sobre una loma.»
- FLAVIA. Y bien; ¿qué supone?
- THARS. ¡Roma!...
¡Y está tan cerca... y yo aquí!
- FLAVIA. No comprendo...
- THARS. ¡Oh, desventura!
¡Cuán pronto la dicha acaba!
¡Hace poco me extasiaba
de tu acento la ternura:
de tu mano á la presión

de gozo me estremecía!...

¡Vivía, Flavia, vivía
la vida del corazón!

Después de infortunio tanto,
el sol de tu amor asoma...

¿Por qué me hablaste de Roma?

¿Por qué has deshecho mi encanto?

FLAVIA. ¡Oh, Tharsis! ¡Siempre lo mismo!

¿Cómo vivir en tu estado?

THARS. Sí, Flavia; me he acostumbrado
á la atracción del abismo,

y hoy no sé qué siento en mí
con más fuerza, que me advierte
que pronto voy á perderte.

FLAVIA. ¡Oh, Tharsis! ¿Qué dices?

THARS. ¡Sí!

Siempre en mi imaginación

te ví serena y hermosa,

mirándome cariñosa

por mi triste situación.

Hoy una visión tenáz,

presentimiento ó locura,

tu imagen me desfigura,

te veo con doble faz:

una radiante de amor,

otra en lágrimas bañada,

fijando en mí una mirada

en que desborda el rencor.

¿Cómo comprender?...

FLAVIA. Antojos,

quimeras; tú lo dijiste.

Sombras de la noche triste

que pesa sobre tus ojos.

Sosiega tu sobresalto;

siéntate á mi lado pues.

THARS. (Buscando un escabel que le da Flavia.)

No, vida mía; á tus piés,

siempre el sol está más alto. (Se sienta.)

FLAVIA. Oye, Tharsis: yo nací
en esta alegre morada,
que parece fabricada
por los genios para mí.
Tengo por dulce sostén
una madre que me adora,
y que para mí atesora
infinito amor y bien.
Aunque inútiles me son,
poseo ricos joyeles:
túnicas de Suurna y pieles
del helado setentrión.
Flores hay en mi jardín
de Alepo y de Alejandria;
aves que el Oriente cría
en su remoto confin.
¿Qué faltaba á mi expansión
ó á mi anhelo, Tharsis mío?
¿Por qué reinaba el vacío
dentro de mi corazón?
Y hoy, ¿por qué no siento en mí
esa inquietud dolorosa?
porque no he sido dichosa.
Hasta el punto en que te ví,
¡te ví, y te amé!

THARS. ¡Yo hice más;
que sin verte ya te amaba!

FLAVIA. ¡De tu amor, mi vida esclava,
no ha de apartarse jamás!

THARS. ¿Quién sabe? Tu corazón
es exaltado, sombrío...
¡Eso te prueba, bien mío,
la fuerza de mi pasión!
En un corazón sereno
entra amor sereno y blando,
como un río atravesando
la linde de un soto ameno;
pero aunque las aguas van

por el campo fácilmente,
nunca llega su corriente
hasta el cráter del volcán.

FLAVIA. Recelo...

THARS. ¿Qué, prenda amada?

FLAVIA. De tu amor.

THARS. ¿Dudas de mí?

FLAVIA. Temo no ser para tí,
vista como imaginada.
Si me ves...

THARS. ¡Verte ya creo!
¡Cuando el amor es verdad,
alcanza la realidad
la medida del deseo!
Mi fe de tí receló,
y á mi sospecha resisto.

FLAVIA. ¡Thars!...

THARS. Aunque ciego, he visto
una sombra entre tú y yo.
Pero ten cuidado: advierte
que si perjura é impía
rechazas mi amor un día,
será, Flavia, el de mi muerte.

FLAVIA. Tal pensamiento me agravia.

THARS. Mi recelo no te asombre.
Antes dijiste que á un hombre
esperas: ¿no es cierto, Flavia?

FLAVIA. ¿A un hombre?... ¡Ah, sí! ¿A quién mejor
podiera esperar, á quién?
Ese hombre es nuestro sostén,
nuestro único protector.

No sé si es mi padre; ignoro
su presente y su pasado;
si viene, gozo á su lado:
si está ausente, lo deploro.

THARS. ¡Flavia!

FLAVIA. Desecha el recelo
Si antes de verte sufría,

es que su amor no podía
colmar mi incesante anhelo.
Es, que si el cariño halaga,
sólo el amor satisface:
que amor es fuego que nace
y con el fuego se apaga.

THARS. ¡Oh, Flavia! ¡Oh, gloria! ¡Oh, amor!

FLAVIA. Pues si mi amor es tu gloria,
¿por qué traes á la memoria
esos fantasmas de horror?
¿Qué puede importarnos, dí,
Roma, ni por qué pretendes?...

THARS. (Poniéndose de pié con ímpetu.)
¡Oh, calla! ¡De nuevo enciendes
el rayo que tengo aquí!

(Llevándose la mano al corazón.)

FLAVIA. ¡Tharsis! (En pié.)

THARS. (¡Destino inhunano!)

(Flavia toca á Tharsis en el pecho con ademán cariñoso: el
sayo de éste se entrecubre y deja asomar un puñal.)

FLAVIA. ¡Ah!... ¿Qué es esto? ¡Un puñal!

THARS. ¡Quita!

(Esquivándola.)

¡Déjale! Esta arma maldita,
sólo está bien en mi mano.

FLAVIA. ¿Qué designio?...

THARS. En ella funda
mi venganza su derecho.

¡Yo le he arrancado del pecho
de mi madre moribunda;
con ella la vengaré!

¡Tal es mi destino infando!

FLAVIA. ¡Ah!

THARS. ¡Por eso estoy ansiando
verme en Roma... y me veré!
¡En Roma hay un mónstruo, y yo
la vida arrancarle espero,
con el filo de este acero

- que mi encono envenenó!
- FLAVIA. ¡Oh! ¿Qué dices?
- THARS. ¡Lo he jurado!
- FLAVIA. ¡Dame ese puñal impío!
¡Quede en el fondo del río
para siempre sepultado!
- THARS. ¡Qué podrías conseguir,
si no me quitas al par,
mi corazón para odiar
y mi brazo para herir!
¡Voy derecho al precipicio!
¡Huye de un desesperado!
¡Huye de mí!
- FLAVIA. No: á tu lado,
mi amor será un sacrificio.
- THARS. ¡Siento mi frente abrasada!
¡Mi corazón va á estallar!
- FLAVIA. Ven, Tharsis, á reposar,
que es ya la noche cerrada.
- (Le toma del brazo, y le conduce á la galería de la derecha.)
- THARS. (¡Reposo!... ¡Pluguiera al cielo!
¡Sólo cuando yazca inerte!..)
- FLAVIA. Mañana ya podrás verme.
¡Oh, Tharsis! ¡Cuánto lo anhelo!
Aduérmete en la alegría.
- THARS. (¡Ah!... ¡Si supiese que verla
es principio de perderla,
que la viese no querría!)
- (Tharsis, llevado por Flavia, se entra por la puerta que está en la galería de la derecha. Flavia vuelve á la escena, al mismo tiempo que salen Libia y Lucio por la galería de la izquierda.)

ESCENA VI

FLAVIA, LIVIA y LUCIO

LUCIO. ¡Flavia mía!

FLAVIA. ¡Qué veo! ¡Al fin viniste!

¡Te acordaste de mí! ¡Cómo has tardado!
¡Qué placer! (Le echa los brazos al cuello.)

LUCIO. Joven vil, ¿por qué te enlazas
á un tronco que está herido por el rayo?

FLAVIA. ¡No te comprendo! En tu semblante tienes
las huellas del dolor.

LIBIA. Sinistro faro
puede ser esta luz.

(Toma la antorcha que hay en la lámpara, y la coloca sobre
el pedestal de la izquierda, en el fondo.)

LUCIO. (Estrechando á Flavia en los brazos.)

¡Flavia hechicera!

¡Mi amor! ¡Mi único amor immaculado!

FLAVIA. Tu acento me intimida: esa amargura...

LUCIO. ¡Mi espíritu se rinde! (Se deja caer en el canapé.)

LIBIA. ¡No perdamos
el tiempo! (A Flavia.)

Un gran peligro amaga á Lucio.

FLAVIA. ¿Á él un peligro?

LIBIA. Sí: desciendo al atrio:
cerrad las puertas: apagad las luces:
haz que aperciban el mejor caballo:
que los siervos vigilen la campiña.
Si oís algún rumor, corre á avisarnos.

FLAVIA. Pero...

LIBIA. ¡No te detengas! De un instante
pende su salvación.

(Mira hacia fuera por la ventana de la izquierda.)

LUCIO. (A Flavia, poniéndose en pié.) ¡Ven á mis brazos
quizá la última vez!

FLAVIA. ¡Lucio!

LIBIA. ¡Hija mía!

(En tono de excitación.)

FLAVIA. (Yéndose por la izquierda.)

Ya voy, madre. (¡Tan pronto separarnos!)

ESCENA VII

LIBIA Y LUCIO

- LIBIA. (A la ventana.)
(Siento ruido á lo lejos.)
- LUCIO. (Preocupado.) Ayer era
señor del mundo ante mis piés postrado,
y hoy... (Con arranque.)
¡hoy también lo soy! ¡Todo es mentira!
¡Un ensueño horroroso!... ¡Estoy tan alto,
que no alcanzan á mí las tempestades!
¡Tú mentiste, mujer! Me has arrancado
de casa de Faon. Allí los versos
cantaba de Tibulo; el plectro blando,
¡nunca tan dulce resonó en mi lira!
¡nunca con más vigor ni más encanto!
- LIBIA. Tú sabes que es verdad. ¿Á qué pretendes
engañarte á tí mismo?
- LUCIO. ¡Sella el labio!
- LIBIA. ¡César, ya no eres César! ¡Ya caíste
coloso de oro en pedestal de barro!
- LUCIO. ¡Es imposible! ¡El corazón no tiene
revelaciones íntimas, presagios
que anuncian el dolor?... ¿Pues cómo el mío
latía hace un instante sosegado?
- LIBIA. Al centro de la roca nada llega;
tan sólo puede penetrarla el rayo.
- LUCIO. ¡Libia!
- LIBIA. (A la ventana.) ¡Silencio! Hacia la Vía Claudia
siento rumor...
- LUCIO. ¡Ah! ¡Sí! (Acercándose á la ventana.)
- LIBIA. ¿Serán acaso?...
- LUCIO. ¡Oh, Libia! ¡Tengo miedo!
- LIBIA. (¡Y me lo dice,
y yo he podido amarle... y aún le amo!)
¡Un ginete se acerca!

LUCIO. Sí: le veo
á la luz de la luna galopando.

LIBIA. Viene derecho aquí.

LUCIO. ¿Qué hacemos, Libia?
Es quizá un enemigo, un emisario. .
¡Fuerza es huir! ¡Tal vez son conocidos
los lazos que nos unen!.. ¡Un caballo!..
¡Un caballo al instante! ¡Oh!... ¡Que yo pueda
ver delante de mí tierra y espacio!

ESCENA VIII

DICHOS; FLAVIA, por la izquierda.

FLAVIA. ¡Madre! ¡Lucio! Un ginete se aproxima,
y, ¡cosa singular! viene montado
en mi corcel Orión.

LIBIA. ¿No te equivocas?

FLAVIA. ¿Hay otro igual á Orión? Le ví bien claro;
á la luz de la luna he conocido
su piel de tigre y su perfil gallardo.

LIBIA (A Lucio.) Epafrodito vuelve. Hace un momento
le mandé á Roma, y su regreso rápido
no me explico en verdad. Corre, hija mía:
haz que le abran las puertas. (Aparte á Flavia.)
Ten cuidado
de alejar de aquí á Tharsis.

FLAVIA. (Aparte á Libia.) Ya reposa,
la emoción le rindió.

LIBIA. Ve sin retardo.

FLAVIA. ¿Mas no puedo saber?...

LIBIA. ¡Ay!... ¡Por desgracia
lo sabrás, hija mía, demasiado!
(Flavia se va por la izquierda.)

ESCENA IX

LIBIA y LUCIO

LIBIA. ¿Tienes quien en tu fuga te acompañe,
Epafrodito?

- LUCIO. ¡No! Pudo mi ánimo
ceder más que el temor á la sorpresa:
mas ya recobra el brío hereditario.
¡Mientras me quede un hálito de vida,
disputaré el imperio palmo á palmo!
- LIBIA. ¡Ya es tarde!
- LUCIO. ¡Nunca! El tiempo no se mide
para el César Nerón. Dame un caballo:
dame un acero que al mostrarme al mundo
volverá á ser de mi valor esclavo.
¡Lucharé hasta morir!
- LIBIA. (Con satisfacción.) ¡Si tal hicieras!...
- LUCIO. ¡Y no el móvil me impulsa soberano
del dominio imperial: es la venganza!
¡En ella está mi pecho reboando!
¡Ay de ese vil Prefecto del Pretorio!
¡Ay de Vindex y Galba! ¡Ay del Senado!
¡He de subir al Capitolio haciendo
escabel de sus togas y sus cráneos!
- LIBIA. ¡Ilusiones no más!
- LUCIO. ¡Roma me adora!
¡El pueblo es mío y se pondrá á mi lado!
- LIBIA. ¡Roma por tí incendiada, y que aún humea:
el pueblo sin hogar!... ¡Feroz sarcasmo!
- LUCIO. ¡Pues bien: si todo el mundo me abandona,
me basto yo para morir matando!
- LIBIA. (A la ventana.)
¡Ah! ¿Qué veo?... Los campos se iluminan...
teas que lucen como fuegos fátuos
entre la oscuridad...
- LUCIO. Sí. (En la ventana.)
- LIBIA. ¡Ruido de armas!...
¡Vienen de todas partes!
- LUCIO. ¡Ha llegado
el instante supremo! ¡Estoy perdido!
¡Me buscan como tigres sanguinarios!...
¡Van á hacerme morir en los tormentos!
¡Oh, Libia! ¡Sálvame!

LIBIA. (Con amarga ironía) ¿Pues no has pensado luchar hasta morir?

LUCIO. ¡Sálvame, Libia!
En la margen del Rhin tengo un palacio,
y en él muchos millares de sextercios,
y ricas piedras del confín indiano;
llévame allí. Los bosques de la Galia,
después me ofrecerán camino franco
hasta llegar á España: en Olissipo (1)
tengo siempre un bajel que espera anclado,
y en él la salvación en otros climas
desconocidos al poder romano.
¡Tú, conmigo vendrás! ¡Flavia, conmigo!
Os amaré á las dos, y allí...

LIBIA. Oigo pasos.

ESCENA X

DICHOS; EPAFRODITO, en traje de pastor de la campiña romana.

LUCIO. ¡Epafrodito!

EPAF.

(¡Aquí está!
¡Al fin le encuentra mi anhelo!)
¡Huye, señor! ¡Llegue al cielo
que no sea tarde ya.
Con ensañamiento impío
te buscan turbas armadas,
registrando las moradas
de la ribera del río.
¡He dejado en pos de mí
al Prefecto del Pretorio:
que aquí vendrán es notorio!
¡Salgamos pronto de aquí!

LIBIA. (En la ventana.)

¡Ah, sí! ¡Ya se acercan!

(1) Lisboa.

LUCIO ¡Ven,
Epafrodito! (Haciendo además de irse.)

LIBIA. (Deteniendo á Lucio.) ¡Imposible!

LUCIO. ¿Te opones? ¡Traición horrible!
¿Tú en contra mía también?

LIBIA. No juzgues mi corazón
por tu corazón cobarde.
Para la fuga ya es tarde;
si sales, no hay salvación.

(Abre en el muro de la derecha una puerta secreta.)
Aquí la hallarás tal vez.
Entra.

LUCIO. ¿Qué es esto?

LIBIA. Fué el nido
que de tu madre ha escondido
la liviana insensatéz.
Aquí te creo seguro;
pues para poderte hallar,
tendrían que derribar
piedra por piedra ese muro.

LUCIO. Otro sitio no se encuentra...

LIBIA. ¿Cuál mejor se te guarece?

LUCIO. ¡Que entro en la tumba parece!

LIBIA. ¡Quién sabe!

LUCIO. ¿Qué dices?

LIBIA. Entra.

(Entra Lucio por la puerta secreta. Epafrodito quiere seguirla,
pero Libia le detiene.)

ESCENA XI

LIBIA y EPAFRODITO; luego FLAVIA

EPAF. Yo también...

LIBIA. No: á tu señor
no puedes servir de nada.
Si vienen á esta morada,
que te halles fuera es mejor.

- EPAF. ¿Tienes un plan?
- LIBIA. Tal vez sí.
- FLAVIA. (Saliendo por la izquierda.)
¡Madre, se acercan soldados
y campesinos armados;
pronto llegarán aquí
Pero ¿y Lucio?
- LIBIA. En salvo está.
El tiempo apremia; hija mía,
ve, y á Epafrodito guía
hasta la puerta que da
del Tiber á la ribera. (A Epafrodito.)
Tú, sin perder un momento
vuelve á tu barca, y atento
con ojo avizor espera. (A Flavia.)
Tú, luego, hasta que por fin
se ausente esa turba armada,
permanece retirada
en la gruta del jardín
con las esclavas. Omite
la vigilancia encargarte.
Si hay riesgo, ve á refugiarte
al lado de Epafrodito.
- EPAF. ¿No oís?
- FLAVIA. (Asomándose á la ventana de la izquierda.)
¡Ellos son! ¡Están
en la puerta golpeando!
¡Livia!
- EPAF. ¡Livia!
- FLAVIA. ¡Madre!... ¡Estoy temblando!
- LIBIA. Idos. Aquí me hallarán..
- EPAF. ¡Cómo! ¿Te vas á exponer?...
- LIBIA. ¡Idos en nombre del cielo!
- EPAF. Vamos. (A Flavia.)
- FLAVIA. (A Libia.) ¿Y Lucio? Recelo
¡que no he volverle á ver!
- LIBIA. Depón tan tristes ideas,
y en mi cariño confía. (Aparte á Flavia.)
(¿Qué no haré yo, Flavia mía,

- FLAVIA. para que á tu padre veas?)
¿Él mi padre? ¡El corazón
me lo decía!
- LIBIA. Te he hecho,
para serenar tu pecho,
tan grata revelación;
¡pero á nadie, aunque te aflija,
hables! ¡Ni á Lucio tampoco,
hasta que dentro de poco
él mismo te llame hija!
- FLAVIA. (¡Oh, madre!)
- LIBIA. (¡Sin dilación
idos!)
- EPAF. ¡Ya vienen!
- (Flavia y Epafrodito se van por la galería de la derecha.)
- LIBIA. ¿Tendrán
tiempo bastante? (Mirando hacia la izquierda.)
¡Aquí están!
¡Prudencia y resolución!

ESCENA XII

LIBIA, NINFIDIO, SOLDADOS y CAMPESINOS con hachas encendidas. Al fin THARSIS. Ninfidio mira á todas partes y se asoma al terrado como registrándolo.

- LIBIA. ¿Qué es esto? ¿Desde cuándo en la campiña de Roma, la ciudad libre y eterna, se invaden por la noche las moradas como bandidos penetrando en ellas?
¿Qué queréis?
- NINFIDIO. ¡Por los dioses inmortales!
¡Me asombra tu ignorancia ó tu soberbia!
Soy Ninfidio, el Prefecto del Pretorio:
busco á Lucio Nerón, el que fué César.
Al despuntar el día se le ha visto en la orilla del Tíber, por la senda de esta campestre zona, y he de hallarle

- aunque le oculte el seno de la tierra!
- LIBIA. (Con ironía.)
¿Tú buscas á Nerón?... Cual bueno cumples.
Debiendo á su imperial munificencia
tu elevación, solicito te afanas
para pagar de gratitud la deuda.
Mas ¿qué tiene que ver la pobre viuda
que con sus hijos vive á todo ajena,
con el César Nerón? ¡En esta casa
sólo el dolor, la soledad penetran!
- NINFID. Tu acento me sorprende; pero cuida
de decir la verdad. En vano intentas
salvarle si está aquí: vamos al punto
á registrar la casa toda entera.
- LIBIA. Yo os guiaré: venid.

ESCENA XIII

DICHOS; CENTURIÓN, por la izquierda.

- CENTUR. Nerón oculto
en la alquería de Faon se encuentra.
Un pastor vióle entrar por la mañana.
- NINFID. Entonces de el Petronio dará cuenta.
Fué á casa de Faon por orden mia,
y allí iremos también. Antes es fuerza
ver si el tigre está aquí, pues se me antoja
que tiene este recinto olor de cueva.
(En este momento Tharsis sale por la puerta de la galería, y
se aproxima á la entrada de ésta. Al irse, á Libia.)
Si aquí á Nerón ocultas, no le salvas,
y con él á un abismo te despeñas
- THARS. (¿Qué escucho?)
- LIBIA. (A Ninfidio.) Vamos, pues.
- NINFID. Marcha delante,
y ¡ay de tí! ¡si al guiarnos titubeas!
(Se van todos por la galería de la izquierda. Tharsis sale á
escena.)

ESCENA X.V

THARSIS

¿Es realidad ó sueño?
¿Es que la pesadilla fatigosa
que me acosaba con tenáz empeño
é hizome despertar sobresaltado,
todavía me acosa?
¿Es sueño, ó es verdad lo que he escuchado?
«Si aquí á Nerón ocultas, no le salvas,»
antes dijo una voz. ¡Si, sí: es seguro!
Trasciende á olor de tea... Oigo rumores...
En este sitio el aire ya no es puro...
¡Oh! ¡Pensamiento... calma!
¡Si hoy es día de muerte,
necesito tener el brazo fuerte
y reprimir la tempestad del alma!
«Si aquí á Nerón ocultas...» ¡Eso dijo!
¿El mónstruo estará aquí?.. ¡Si: lo presiento!
¡hay en mi corazón algo que zumba,
y una tenáz idea
en mi frente golpea
como el martillo al resellar la tumba!
¡Si Nerón está aquí, le encontraría
mejor que nadie yo: mi odio enconado
fuera seguro guía
para llegar al tigre acorralado!
¿Pero... cómo buscarle, si tirana
la oscuridad mis pasos encadena?
¡Ah!... ¿Cómo verle, cómo?...
¿Cómo? ¡Así! (Quitándose violentamente la venda.)
¡Yo no aguardo hasta mañana!
¡Huya esta nube odiosa
que en mi vista se posa
con la obstinada pesantéz del plomo!
(Arroja la venda al suelo detras del canapé.)

¡No veo!... Opaca niebla
me envuelve en derredor... El denso caos,
de círculos se puebla
que giran sin cesar... ¡Oh! ¡Ya se aclara!...
¡La desecha penumbra
pálida luz alumbra
cual si un astro en eclipse la enviara!...
¡Ya toma fuerza .. luego...
sí... todo lo percibo!... (Con explosión.)
¡Oh, gozo sin igual! ¡Ya no estoy ciego!

(Andando y mirando hacia todas partes.)

Una antorcha encendida... Aquí el terrado...

(Asomándose al terrado.)

La luna envuelta en nubes...

El cielo azul de estrellas tachonado...

¡El río que se encauza entre breñales
al pié de esta mansión!... ¿Cómo he podido
vivir entre esas sombras funerales,
que por fin de mis ojos han caído?

(Entra resplandor de hachones por la ventana de la derecha.
Tharsis se asoma á ella.)

¡Qué viva claridad! El jardín cruzan
mujeres con hachones...

Una marcha delante... ¡Es Flavia! ¡Es ella
como mi corazón la presentía,
cuando entre negros limbos la veía
como una gracia candorosa y bella! (Gritando.)

¡Flavia! ¡Bien mío! ¡Aguarda!

(Da algunos pasos para irse, y se detiene.)

Mas ¿qué siento?

¡torpe mi pié se mueve
cual si tuviera sangre el pavimento!...

¡Otra vez ese acento?

«Si aquí á Nerón ocultas...» ¡Es el mismo!

¡Lejos de mí resuena y á mi lado,
como un eco que sale de un abismo
y hasta mí llega de rencor preñado!

¿En dónde está Nerón? ¡Será mentira!...

¿Es quizá una quimera
que el vengativo corazón delira? (A la ventana)
Flavia allí... ¡Se ha pará lol
Sin duda oyó mi voz y allí me espera ..
(Deja de mirar por la ventana.)
¡Si el mónstruo aquí se hallara... si se esconde!...
¡Cruel incertidumbre!
¡Oh, madre mía! ¡Padre generoso!...
¡Que vuestro noble espíritu me alumbre
en el caos de mi mente!
¡Si Nerón está aquí, decidme dónde!...
¡que yo pueda encontrarle frente á frente!
¡Sed de sangre me irrita!
¡Todo palpita en mí con odio fiero!
¡De este puñal que guardo, hasta el acero
junto á mi corazón también palpita! (A la ventana.)
Flavia... ¡Oh, no es él! ¡Se ha ido!
¡Se cansó de esperar! .. ¡Si la perdiera!...
¡Debo temer y recelar de todo
yo, que tanto he perdido!...
¡Negro crespón el sol de mi ventura
eclipsa al despuntar! ¡Mas no desmayo
vengarte, madre, el corazón te jural
¡Apiñense las nubes en la altura,
y dócil á mi voz, descienda el rayo!
(Se va apresuradamente por la galería de la derecha. Caen el
telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el acto anterior. El teatro, alumbrado por la luz de la antorcha colocada sobre el pedestal donde la dejó Libia. Entra resplandor de hachones por la ventana de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

LIBIA; después LUCIO. Libia sale por la puerta de la izquierda, y después de mirar con precaución hacia todas partes, abre la puerta secreta: entra y sale instantáneamente con Lucio, volviendo á cerrarla.

LUCIO. ¡Ya era tiempo! La razón se pierde en este recinto,

(Señalando á la puerta secreta.)

quedando sólo el instinto de la desesperación.

¡No es posible sufrir más!

¡Eso á un suplicio equivale!

LIBIA. De entre esos muros se sale; mas del sepulcro, jamás.

LUCIO. ¡Siempre igual! ¡Eternamente ese lenguaje acerado!

¿Estoy libre? ¿Se han marchado?

¿Cesó el peligro?

(Va hacia la ventana de la izquierda. Libia le detiene.)

LIBIA.

¡Detente!

Los soldados del Pretor
rodean esta morada,
y está su gente acampada
para guardarla mejor.

LUCIO.

¡El Pretor! ¡Yo le dí nombre!
¡Le he alzado hasta mí, y me vende!
¡Infame!

LIBIA.

¿Eso te sorprende?

¿Acaso el Pretor no es hombre?

LUCIO.

Ya veo que en vano lidio
contra el influjo del hado.

LIBIA.

Después de haberte buscado
inútilmente, Ninfidio
se fué á casa de Faon;
mas sus gentes dejó en ésta
con sagacidad funesta.

LUCIO.

Sí, Libia; ¡no hay salvación! (Se sienta.)

LIBIA.

Dijo el Pretor al partir:
«Franca dejaréis la entrada;
mas salir, nadie ni nada;
ni el aire debe salir.»

Bien sus precauciones toma.

LUCIO.

Sí: ¡nada olvida el traidor!

LIBIA.

Tan sólo á mí dió el Pretor
permiso para ir á Roma.

LUCIO.

(Poniéndose en pié.)

¡Ah! ¡Tú me abandonas! ¿Quién
habrá ya que no me venda?

Y Flavia, mi única prenda
de amor, ¿me esquivaba también?
Me deja: ¿no está aquí cuando
más necesito consuelo?

¡Oh!... ¡Tráemela, vive el cielo!
¡Tráela al punto! ¡Yo lo mandé!

LIBIA.

Recordarte necesito
que ya tu poder cesó.

Flavia de aquí se ausentó
conduciendo á Epafrodito,
y debe estar retirada
en el jardín, ó quizá
en una barca que está
á la ribera amarrada.

LUCIO. ¿Se hallará segura allí?
Fuerza es saberlo. ¡Hija mía!
¡ni aun la postrera alegría
de verte cerca de mí!
¡Oh, desventura!... ¡Oh, castigo
en mí más pura afección!

LIBIA. Flavia es el lazo de unión
que me encadena contigo.
La vergüenza te perdono
de que mi vida has cubierto.
¡Sin Flavia, ya hubieras muerto
á mi vengativo encono!

LUCIO. ¿Vengarte de la pasión
que sentí?

LIBIA. ¡Pasión impial
Yo de la ciencia vivía
en la serena región;
en ese mundo ideal
que enaltece el pensamiento,
explicándole el portento
de la vida universal.
¡El águila audáz, potente,
nunca se elevó á la esfera
en que yo puse altanera
el corazón y la mente!
Te ví, y en el punto mismo
perdió su fuerza mi sér.
¿Cómo es posible caer
de tan alto á tal abismo?

LUCIO. ¡Oh, Libia!

LIBIA. ¡Recuerdos vanos!
No hablar de ellos es mejor.

El destino es superior
á los esfuerzos humanos.
Oye, pues, que el tiempo pasa,
y aprovecharle es preciso.
Yo sola tengo permiso
para salir de esta casa.
Ya lo dijiste.

LUCIO.

LIBIA.

El Pretor
alzó para mí su veto,
porque conozco un secreto.
de su vida, que da horror.
¡Ha envenenado á su hermana
por heredarla!

LUCIO.

¿Qué he oído?
¿Y ese hombre de mí ha obtenido
la dignidad pretoriana?
¿Qué nombre habrá que le cuadre?...
¡Es poco el de fratricida!

LIBIA.

(¡Qué humanidad! ¡Y él olvida
que dió la muerte á su madre!)

LUCIO.

LIBIA.

Y bien: ¿cuál es tu intención?

El Pretor, poco avisado,
á ruego mío, ha mandado
despejar esta mansión.

Solos estamos. Confío
en salvarte. Voy á ir
á ver si puedes salir
por la puerta que da al río

LUCIO.

¡Imposible! Es natural
que la guarden.

LIBIA.

LUCIO.

LIBIA.

¡Eso temo!

Entonces...

A último extremo,
tengo otro proyecto.

LUCIO.

LIBIA.

LUCIO.

¿Cuál?

Yoy á dejarte al contado:
tú espera aquí vigilante.

¿Y bien?

LIBIA. En el mismo instante
que oigas ruido en el terrado,
una escala encontrarás
á la balaustrada asida:
baja por ella en seguida,
y el cielo hará lo demás.
Yo estaré allí.

LUCIO. ¿No es mejor
aguardar?...

LIBIA. No puede ser,
porque el Pretor va á volver,
y es muy sagáz el Pretor;
y que es más fácil la huida
y hallar un asilo infiero,
antes que en el mundo entero
se divulgue tu caída.

LUCIO. ¡Huir, Libia, el que ha tenido
un poder que el mundo abarca!

LIBIA. (Que ha dado algunos pasos y se detiene.)
Si huye del pueblo un monarca,
de él antes el pueblo ha huído.

(Se va por la galería de la derecha.)

ESCENA II

LUCIO

De ese acento la expresión
que me injuria y me consuela,
que el odio á veces revela
y á veces la abnegación; (Señalando á la ventana.)
el refl-jo funeral
de esas teas, que ilumina
tal vez mi tumba, y la ruína
de mi dominio imperial;
mi incierto pié que resbala
desde el alto Capitolio,
ayer despreciando un solio,

hoy esperando una escala
para huir... ¡todo en sombrío
tropel cruza violento
surcándome el pensamiento!

(Llevándose la mano á la frente y al corazón.)

¡Aquí sombras, y aquí .. frío! (Pausa breve.)

¡Huir!... ¿Dónde... á dónde voy

que á mí mismo no me vea,
que no me alcance la idea
de lo que fui... y lo que soy?

Si yo pudiera creer

en esa segunda vida,

en que el alma desprendida

del cuerpo toma otro sér;

si hubiese un mundo inmortal

para el espíritu humano, (Con arranque.)

¡rasgaría con mi mano

mi vestidura carnal!

¡Pero la eterna extinción

de la luz de la memoria!...

¡Ser arista, polvo, escoria

sin sentido ni razón!..,

¡No! ¡Por mi propio albedrío

no quiero hundirme en la muerte,

como una masa que inerte

cae rodando en el vacío!...

(Se deja caer en el canapé y apoya la frente en la palma de la mano.)

ESCENA III

LUCIO; FLAVIA, sale por la derecha; se detiene á la entrada de la galería.

FLAVIA. (¡Allí está! Se me figura
que le amo más todavía,
desde que sé que podría
expresarle mi ternura

con un nombre más querido.
¡Oh!... ¡Si él me le diese á mí
Mas debo esperar: así
mi madre me lo ha advertido.)

(Se acerca á Lucio, y le pone la mano en el hombro.)

¡Lucio!

LUCIO. (Poniéndose en pié con sobresalto.)

¡Ah! ¿Tú, prenda adorada?

¡Por fin te veo á mi lado!

FLAVIA. No pienses que te he olvidado.
Aunque de tí separada,
siempre está mi corazón
contigo.

LUCIO. ¡Flavia!

FLAVIA. ¿Me quieres
mucho?

LUCIO. ¿Y lo dudas? Tú eres
mi única y sola afección.
Envuelto en el torbellino
de la existencia, he volado
cerniéndome afortunado
sobre el rigor del destino.
Afortunado... ¡ay de mí!
Eso hasta hoy creía el mundo,
y eso yo, en mi afán profundo,
también á veces creí
¡Mentira! ¡Nunca la calma
he conseguido encontrar:
nunca pude serenar
las tempestades del alma!
En mí, el placer es hastío;
las pasiones ilusión,
pues siempre en toda pasión
hallo tan sólo el vacío!
¡Busco el bien con loco empeño,
y lejos del bien estoy!
¡Es, Flaviá mía, que soy
ó muy grande ó muy pequeño!...

- Es que al mundo mi imanencia
no alcanza á colmar tal vez,
ó es tanta mi pequenez
que aniquila mi conciencia.
Todo lo abrasé en mi fuego
estando yo en la penumbra;
me parecí al sol que alumbra,
y, ¡quién sabe si no es ciego!
- FLAVIA. Tal vez has equivocado
el camino que emprendiste.
- LUCIO. ¡Flavia, si la dicha existe,
tan sólo existe á tu lado!
No sé qué dulce expansión
junto á tí mi pecho siente,
que hace latir blandamente
mi agitado corazón.
- FLAVIA. Entonces, ¿por qué no estar
juntos siempre?
- LUCIO. ¡Ay, Flavia hermosa!
¿Cómo ha de vivir la rosa
entre los tumbos del mar?
No quise, prenda querida,
y hoy mi previsión bendigo,
que te engolfaras conmigo
en los mares de la vida.
- FLAVIA. ¡Lucio!... (¡Tener que callar
el nombre que tanto anhelo
darle!) ¡Lucio!... Mas, ¡oh, cielo!
¿Cómo he podido olvidar?...
Oyéndote embelesada...
- LUCIO. ¿Qué olvidaste, vida mía?
¡Dí!
- FLAVIA. Que mi madre me envía.
Está la puerta guardada
que da al río.
- LUCIO. Fué ilusión
creer que no lo estuviera.
- FLAVIA. Hay que hallar otra manera

de conseguir tu evasión.
Bajarás por el terrado,
pues no hay otro medio ya.
Pero tu madre...

LUCIO.

FLAVIA.

Estará
impaciente; la he dejado
en el jardín. Es preciso
que esta casa abandonemos.

LUCIO.

¡Cómol

FLAVIA.

¿Olvidas que tenemos
de entrar y salir permiso?

LUCIO.

¡Ah, sí!

FLAVIA.

Con cuidado espera
la escala.

LUCIO.

Sí, esperaré.
¿Estarás allí?

FLAVIA.

Estaré.
¿Lo dudas?

LUCIO.

¡Flavia hechicera!
Si al fin salvarme consigo...

FLAVIA.

Te salvará nuestro cielo.

LUCIO.

Ya sólo la vida anhelo
para pasarla contigo.

FLAVIA. (En ademán de irse.)

Mi madre aguarda.

LUCIO.

¿Te vas?
Dame la última alegría.

(Se abrazan con efusión. Tharsis se presenta y oye los dos últimos versos.)

FLAVIA.

¿Me amas mucho, gloria mía?
¡No es posible amarte más!

ESCENA IV

DICHOS; THARSIS, por la derecha.

THARS.

(¡Ah! ¡Para esto la he encontrado!)

FLAVIA.

¡Tharsis!... (Que al irse ve á Tharsis.)

- THARS. (Con amargura.) ¿Te admiras? ¡Lo creo!
Yo también, Flavia.
- FLAVIA. ¡Qué veo!
¿La venda te has levantado?
- LUCIO. (¿Quién es?) (Aparte á Flavia.)
- FLAVIA. (Aparte á Lucio.) Depón la inquietud:
de mi madre protegido...
Le albergó aquí y le ha atendido
con noble solicitud.
- (Lucio se sienta en el canapó y queda pensativo.)
- THARS. (¡Ese hombre!)
- FLAVIA. (A Tharsis.) ¿El rumor sentiste?
- THARS. ¡Sentí y ví! ¡Al cielo pluguiera
que no sintiese ni viera!
- FLAVIA. ¡Qué oigo! ¿Qué has visto dijiste?
¡Triunfó la ciencia!
- THARS. ¡Sí, Flavia;
para mi mal!
- FLAVIA. ¡Qué alegría!
- THARS. (Con ironía.)
¿Sientes mucha?
- FLAVIA. ¡Oh, madre mía!
¡Tú eres buena! ¡Tú eres sabia!
¡Tharsis!
- (Quiere tomarle la mano. Él se esquivo sin violencia.)
- THARS. Deja...
- FLAVIA. ¡Ese despego...
hoy que el mayor de los bienes
recobras!... Tharsis, ¿qué tienes?
- THARS. ¡Que ahora quisiera ser ciego!
Hoy dos vendas me arranqué
para doblar mis ojos:
¡la que ocultaba mis ojos,
y la de mi amante fe!
- FLAVIA. ¡Qué expresión tan singular!
- THARS. ¡Me asombro de que te asombres!
(Asiéndola con violencia por la muñeca.)
Flavia, ¿quién es ese hombre

¿á quien te he visto abrazar?

¡Una extraña sensación
al mirarle me estremece!

(Llevándose la mano al corazón.)

¿No oyes, Flavia? ¡Si parece
que estalla mi corazón!

¿Quién es?

FLAVIA. Calma tu ansiedad.

THARS. ¡Si en ira me estoy ahogando!

LUCIO. Flavia, te están esperando;
no lo olvides.

FLAVIA. Es verdad.

(Aparte á Tharsis, por Lucio.)

(No abrigues hacia él rencor,
no receles.)

THARS. ¡Bien quisiera!

FLAVIA. Antes te he dicho quién era.

THARS. ¿Quién es, pues?

FLAVIA. Mi... protector.

Hoy un peligro le acosa,
y debo ayudarle fiel.)

THARS. (¡Un peligro!.. ¿Será él?

¡Oh! ¡Qué sospecha horrorosa!)

LUCIO. ¡Flavia! (Poniéndose en pié, en tono de excitación.)

FLAVIA. Ya voy. (A Tharsis.)

Ven.

THARS. No puedo.

FLAVIA. ¡Lucio!... (Al irse.)

LUCIO. (Por Tharsis.) ¿No se va contigo?

FLAVIA. No temas: es nuestro amigo.

¿No vieres, Tharsis?

THARS. Me quedo.

(Se va Flavia por la galería de la derecha.)

ESCENA V

LUCIO y THARSIS

THARS. (¿Dónde irá?)

LUCIO. (Que desde la entrada de la galería ha seguido con la vista á Flavia.)

(¡Cuán hermosa! Sí: ¡aún me queda un refugio en su amor! ¿Quién sabe?... ¡Acaso la dicha, el bien tranquilo y duradero, existe sólo en la quietud del campo! Allí yo, con mi Flavia y una lira, yo, el artista mayor que la ha pulsado, encantaré los bosques, cuyas frondas de gozo agitarán sus verdes palios. ¡Flavia!... ¡La libertad!... ¡La poesía!... ¡Aún tengo meta en mis inciertos pasos!

THARS. (Fija la vista en Lucio)

(¡Es bello como un Dios! ¡Flavia le quiere!... Él es su protector... y sin embargo...)

LUCIO. (Dirigiéndose hacia el canapé, y mirando un momento á Tharsis.)

(¿Por qué me mira así? ¡Tienen sus ojos una extraña expresión!) (Se sienta.)

THARS. (¡Está agitado!...

¡Un peligro le acosa, y oí enantes que un peligro á Nerón está amagando! ¡Pero Nerón se esconde, pues le buscan, y éste está en plena luz!... ¡Oh! ¡Es un caos mi pensamiento! El protector de Flavia, ¿podiera ser Nerón? ¿Llegará á tanto la fatal insistencia del destino? .

¿Por qué no?... ¿Por qué no?... ¡Todo lo aguardo! Si mañana no hay sol, no me sorprende: ¡para no verle yo se habrá apagado! ¡No es posible sufrir este tormento!

(Dirigiéndose con ímpetu hacia Lucio.)

¿Quién eres?

LUCIO. (Levantándose.) ¡Vive el cielo, que me extraño de ese importuno arranque! ¿Qué te importa?

THARS. ¿Que qué me importa, dices?...

LUCIO. Pues te hallo aquí, debes saber...

THARS. ¡Es que me espanta la idea de saberlo! ¡Es que rechazo la sugestión del odio! ¡Es que en un golpe juego más que la vida! ¡El alma acaso!

LUCIO. (Con altivéz y desvío.) ¡No comprendo, ni quiero comprenderte!

THARS. Si no has sentido el odio, fuera en vano; si no has visto pasar noches en vela ó agitadas de ensueños sanguinarios; si no has sentido que la hiel salía del corazón ardiente rebosando, llegar al pensamiento y calcinarle con la convulsa rapidéz de un rayo que en él se clava y que jamás se extingue... no puedes comprenderme.

LUCIO. ¡Qué sarcasmo!

¡Hablar así al que todo lo ha perdido!
¡Hablarme de odio!... ¡Mi rencor es tanto, que quisiera morir, si en mi agonía pudiese ahogar al mundo entre mis brazos!

THARS. ¡¡Qué escucho! ¡Esas palabras... sólo un mónstruo las puede pronunciar!

LUCIO. Ese retardo...

(Mirando hacia el terrado.)

¿No habrán podido conseguir su intento?

¡Ah! ¡Sí! ¡Siento rumor en el terrado!

(Se dirige hacia el terrado: Tharsis va detrás de él.)

Arrojan una esca'a en el balaustre.

Prenden los corvos picos de sus garfios.

¡Esa es la libertad! ¡Esa es la vida!

(Viendo á Epafrodito que salta la balaustrada y sale á escena, sin ver á Tharsis, que está en el rincón de la derecha.)

¿Quién es...? ¡Epafrodito!

ESCENA VI

DICHOS y EPAFRODITO

- EPAF. ¡Señor, vamos!
Subo para ayudarte.
- THARS. (¡Va á evadirse!
¡Y si es él!... ¡Y si es él!...)
- EPAF. (De espaldas a Tharsis.) Estás en salvo;
Libia y Flavia te esperan. ¡Todavía
la estrella de Nerón no se ha eclipsado!
(Tharsis se interpone violentamente entre Lucio y Epafrodito
y el terrado.)
- THARS. (A Epafrodito.)
¿Has dicho de Nerón?...
- EPAF. (A Lucio.) ¿Quién es? ¿Qué es esto?
- THARS. (A Lucio.)
¿Tú eres Lucio Nerón?
- LUCIO (A Tharsis.) ¿A qué ocultarlo?
¡Hoy Nerón va á bajar! ¡Ay!... ¡Si algún día
César vuelve á subir!
(Quiere adelantar hacia el terrado. Tharsis le detiene.)
- THARS. Deten el paso.
- LUCIO. ¿Qué quieres?
- THARS. ¿Conque al fin llegó la hora?
¡Estás aquí al alcance de mi mano!
¿Qué genio vengador me ha protegido?
¿Qué ola de sangre junto á mí te trajo?
¡Oh! ¡Cuán dichoso soy!
- LUCIO ¿Qué estás diciendo?
El tiempo pasa... (Adelantando.)
- THARS. (Deteniendo á Lucio.) ¡El tiempo llega al cabo,
y llegó para mí! (Saca el puñal que lleva oculto.)
- EPAF. ¡Traidor!
- LUCIO. (Retrocediendo.) ¿Qué intentas?
- THARS. ¡Darte la libertad que estás ansiando!
- LUCIO. Pero, ¿qué te hice yo? Nunca te he visto.
- THARS. Recuerda bien.

LUCIO.

¡Jamás!

THARS.

¿Lo has olvidado?

El huracán no sabe cuántos troncos
de árboles derribó... ¿por qué extrañarlo?
Y no obstante me has visto: en tu soberbia,
al sér débil y ciego has despreciado.
¡Naciste para el mal! ¡Una vez sola
no lo hicistes en mí, y hoy me levanto,
espectro de venganza entre dos tumbas,
y con este puñal la tuya cavo!

LUCIO.

¡Tú vengarte de mí... ¿Pero quién eres? (Con altivéz.)
Mas ¿qué importa? ¡Acabemos! ¡Deja franco
el lugar!

THARS

¿Te olvidaste de Corinto,
de una viuda infeliz, siempre llorando
por su perdido amor?

LUCIO.

(¡Ah! ¡Qué recuerdo!)

¡Electra!

THARS.

Sí.

LUCIO.

(¡Fatalidad!)

THARS.

¡Su mano

este acero empuñó; por causa tuya
con él su noble sangre has derramado!
Yo le arranqué caliente de su pecho,
y desde entonces para tí le guardo.
¿La frente inclinas?... ¡Ah! ¡Sólo una idea
hoy turba mi expansión: no haberte hallado
en tu corte servil, envuelto en púrpura,
la sien ceñida en imperiales lauros:
encontrarte medroso, fugitivo
como chacal de tigres acosado!
Esos por quien te escondes y te buscan,
me roban mi venganza: aun en el caso
de no atajarte yo, no te salvabas.
Ellos por fin te hubieran encontrado.
¡Por una ley fatal, ineludible,
el reptil en su fuga marca el rastro,
y las sendas del mal, son lodazales

para que imprima el criminal su paso!
¡Ea, acabemos! ¡Muere, que me abrasa
sed de tu sangre! (Va á herirle.)

EPAF.

¡Tente!

THARS.

Aparta, esclavo,

ó seguirás su suerte.

EPAF.

¡Considera

que fué dueño del mundo, soberano:
que hoy de tanto poder le queda sólo
la esperanza de huir de sus contrarios,
que le harán perecer en las torturas!
¡Ten la nobleza propia de tus años!

THARS.

(A Lucio.)

¿Conque has perdido un mundo tan pequeño
que á tí se sometió? ¿Conque amagado
estás de sucumbir en los suplicios
y con la muerte puedes evitarlos?

¡Oh! ¡Cuán dichoso soy! ¡La muerte es pronta;
el tormento es más digno de un malvado!

LUCIO.

¡El que sufro es mayor! ¡Aparta! (Con arranque.)

THARS.

¡Ah! ¿Quieres

morir antes?

EPAF.

(Deteniendo á Lucio.) ¡Señor! (A Tharsis.)

¡Tigre inhumano!

(¡Fatal imprevisión! ¡Estoy sin armas!)

LUCIO.

(A Tharsis.) Mi salvación no impidas, y yo en cambio,
riquezas te daré que colmarían
la insaciable ambición del más avaro.
Yo erigiré á tu madre un mausoleo
de piedra traslúcida fabricado.

THARS.

(Llevándose la mano al corazón.)

¡Ella le tiene aquí! ¿Qué mejor tumba?
más vale un corazón que el frío mármol.

LUCIO.

¡Pide á tu voluntad sin tasa!

THARS.

¿Puedes

darme lo que perdí? ¿Mi padre amado,
el nieto generoso de Pericles,
muerto de lepra como vil esclavo?

¿Mi madre, cuyo grito de agonía
aún está en mi memoria resonando?
¿Pue les darne la luz que tanto tiempo
á mis ojos faltó? ¡Mira, tirano;
mira cómo contesto á tus ofertas,
postrera infamia tuya que rechazo!

(A la entrada del terrado.)

¿Fundas tu salvación en esa escala?
¡Pues bien: el Tiber la hundirá en su fango!

(Desprende de la balastrada la escala.)

LUCIO. ¡Ah! (Se deja caer en el canapó.)

EPAF. ¿Qué has hecho, traidor?

THARS. ¡Sellar la tumba!

(En la ventana de la izquierda gritando.)

¡Holal ¡Aquí está Nerón! ¡Venid, soldados!

LUCIO. (Delirante, poniéndose en pié.)

¡Todo acabó! Visiones deslumbrantes
de gloria y de poder: bullicio mágico
de la voz popular: bélicas trompas
que lenguas son del militar aplauso:
triumfos del circo, luminosa esfera
que envuelve al vencedor afortunado:
beldad de la mujer: senos de nieve:
ojos que lanzan del amor los dardos:
embriaguéz del festín, en que se apura
la orgiástica copa, rebosando
el vino de Falerno: melodía
de los divinos cisnes del Parnaso: (Transición de tono.)
sangre que derramar: fieras que rugen:
miembros por el suplicio triturados:
contrastes de la luz y de la sombra:
dicha y dolor del corazón humano...

¡Oh, cuán hermosos sois, cuán infinitos!

¡Oh, cuán bella es la vida! ¡Cuánto, cuánto!

EPAF. ¡Señor!...

LUCIO. ¡Aparta! ¡Déjame en mi huesal!

EPAF. ¡Ah, señor! ¡Vuelve en tí!

LUCIO. ¿Ves?... ¡Los gusanos

pululan en mi carne! ¡Me devoran!
¡Salen del corazón!... ¡Van á los labios!...
¡Tormento insoportable!

(Se oye ruido dentro: Lucio se sienta, escondiendo el rostro entre las manos.)

EPAF. Esos rumores...

¡Vienen!...

THARS. Si los llamé, ¿por qué extrañarlo?

(Ruido más próximo.)

EPAF. ¡Señor! ¡Señor!... ¡Ya llegan!

LUCIO. (Poniéndose en pié.) ¡Una espada!

¡Un puñal! ¡Dame muerte! ¡Te lo mando!

¡No quiero verles! ¡Hiere, Epafrdito!

EPAF. ¡Imposible, señor!

THARS. ¡Siento sus pasos!

¡Si te alejan de aquí, tal vez no pueda
tu muerte presenciara, y estoy ansiando
ver tu sangre vertida! ¿Estás sin armas?

¡Una te doy de temple bien probado!

¡Ahí tienes mi puñal: muere, asesino,
si tiene fuerza para herir tu brazo!

(Arroja á Lucio el puñal, que cae al suelo. Epafrdito le levanta: Tharsis toma la antorcha del pedestal.)

¡Muere á la luz incierta de esta antorcha,
que está, cobarde como tú, temblando!

¿No oyes?... ¡Ya llegan!

LUCIO. ¡Hiere, Epafrdito!

EPAF. ¡Señor... no puedo! (Vacilando.)

LUCIO. (Toma el puñal de manos de Epafrdito, y se hiere lentamente.)

¡Horror! ¡Helado
el filo está! ¡Es el hielo de la muerte!
¡Yo no quiero morir!... ¡No quiero!...

THARS. ¡Acaso

el suplicio es mejor! (Con ironía.)

LUCIO. ¡Maldito seas!

¡Maldito yo también!

THARS. (Toma el puñal con ambas manos y se hiere.)

¡Estáis vengados!

(Vuelve á dejar la antorcha.)

ESCENA VII

DICHOS, FLAVIA y LIBIA; en seguida NINFIDIO, CENTURIÓN, SOLDADOS y CAMPESINOS, con antorchas.

FLAVIA. ¡Aquí están! (Entra la primera.)

LIBIA. (A Epafrodito.) ¿Qué os detiene? ¿Quién ha dado ese grito de alarma?

FLAVIA. (Notando el estado de Lucio, se inclina hacia él y le abraza.)
¡Madre! ¡Cielos!

LIBIA. ¡Herido!

CENT. ¡Por aquí! ¡Llegad!

LIBIA. ¿Quién pudo?...

EPAF. ¡Él mismo ese puñal clavó en su pecho!

LIBIA. ¿Él?

LUCIO. ¡Hija mía!... Amor de mis amores...
¡por tí siento morir!

FLAVIA. ¡Padre! ¡En qué extremo me das tan dulce nombre!

LUCIO. Hija... tu mano...
que la sienta al morir .. sobre mi pecho...

THARS. (¡Oh!)

LUCIO. ¡Así!

FLAVIA. ¡Padre mío!

LUCIO. ¡Flavia!... ¡Flavia!
¡Qué gran artista... pierde el... Universo!... (1)
(Muere.)

FLAVIA. (Dejándose caer sobre el cuerpo de Lucio.)
¡Ay!

NINFIDIO. ¡Castigó sus crímenes él mismo!
¡Justicia de los dioses! ¡Ahora siento
que mejor se respira!

CENT. Sus despojos

(1) Sentido histórico.

mortales al Senado llevaremos.

FLAVIA. (Incorporándose con ímpetu.)

¡Nunca! ¡Estando yo aquí, su cuerpo es mío!

NINFID. (Al Centurión.)

¡Dejémosle para mayor desprecio!

(A los suyos.)

¡Vamos á saludar al nuevo César:

á Galba, Emperador!

(Se va seguido del Centurión, Soldados y Campesinos, por la galería de la izquierda.)

LIBIA. (Desde la entrada de la galería)

¡Sí! ¡Sí! ¡Id corriendo!

¡Pasaréis de un tirano á otro tirano!

¡Una charca de sangre es vuestro imperio!

ESCENA ULTIMA

LIBIA y FLAVIA; LUCIO, muerto. THARSIS y EPAFRODITO

LIBIA. Pero ¿quién fué el traidor?

EPAF. (Por Tharsis.)

¡Ese ha atajado

nuestro paso al huir!

LIBIA.

¿Qué estoy oyendo?

THARS.

¡Cumplí con mi deber!

LIBIA.

¡Tu deber era

no descender á tan cobarde extremo.

El mayor criminal, debió haber sido

sagrado para ti bajo este techo!

THARS.

¡Me cegó el odio! ¡En oleada hirviente

desde mi corazón subió al cerebro

ahogando todo!... ¡Hasta la dulce idea

del bien querido y del amor primero!

LIBIA.

¿Odiabas á Nerón?

THARS.

¡Oh! ¡No pronunciéis

ese nombre que causa mi tormento!

¡El nombre de Nerón, es el estigma

de la fatalidad!

FLAVIA. (Incorporándose con violencia.) ¡Calla, perverso!
¡No escarnezcas el nombre de mi padre,
cuando aún palpitan sus mortales restos!

THARS. ¡Su padre!

FLAVIA. ¡Huye de aquí!

THARS. ¡Sí! ¡Entre nosotros
va á mediar el espacio más inmenso!

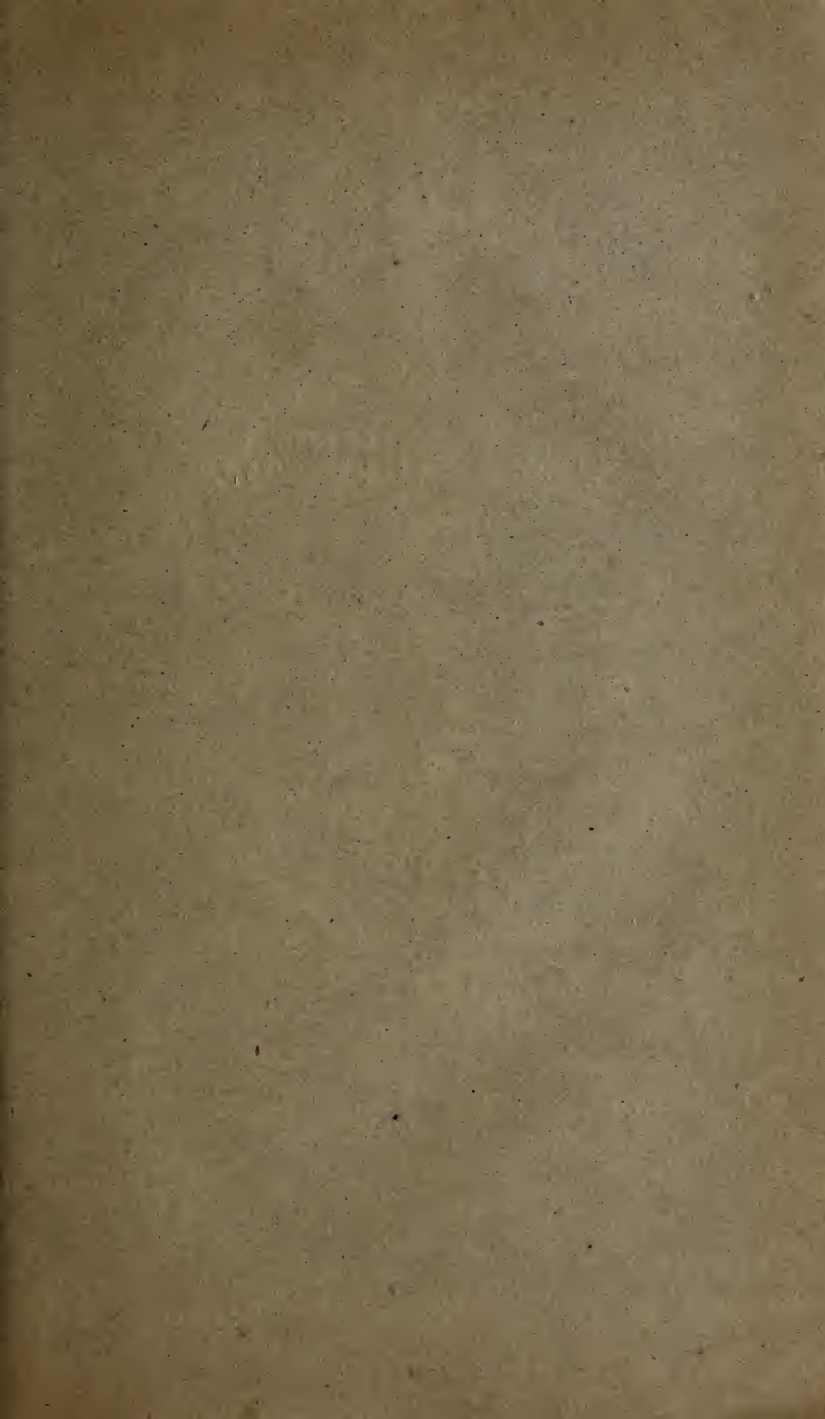
(A la entrada del terrado.)

¡Cerca tengo la fosa!... ¡Allí está el Tíber!

¡Tu odio y mi amor sepultaré en su cieno!

(Salta rápidamente la balaustrada, y se arroja desde el terrado. Movimiento á voluntad de los actores. Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA



PUNTOS DE VENTA

Esta obra se vende al precio de 2 pesetas en Madrid, oficinas de la *Sociedad de Crédito Intelectual*, Serrano, 7, y en las principales librerías.

En Provincias y Ultramar en casa de los Sres. *Delegados-Corresponsales de la Sociedad*.